



FUTURE NURTURING

EL UNIVERSO EN FRACTALES

Una historia épica

Rodrigo Huerta Merodío

JÓVENES

FUTURE NURTURING

Primera edición impresa en México, 2025
DISTRIBUIDO EN FORMA EXCLUSIVA POR EDITORIAL
FUTURE NURTURING PUBLISHERS AT WORK

Derechos reservados

© 2025, Rodrigo Huerta Merodio.

C. Río Lerma 331, Cuauhtémoc, C.P. 06500 Ciudad de México

Imagen de portada: "Pegaso surcando a universo" del artista
Ovando de Cielo

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del titular de los derechos de copyright.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (AI).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal)

Impreso en los talleres de Impresiones Digitales Especializadas S.A. de C.V.

Viena 64-1, Del Carmen, Coyoacán, C.P. 04100, Ciudad de México

Impreso y hecho en México — Printed and made in México

El universo en fractales

Una historia épica

Rodrigo Huerta Merodio

Serie Futuro-Ahora

Nota a la presente edición

El siguiente material ha abrevado de las nuevas tecnologías como modelo de consenso en las formas sin dejar de lado el contenido original. El autor y la editorial consideran que el uso de nuevas tecnologías trasciende las limitaciones técnicas que en otros tiempos podrían haber socavado las ideas que deberían haber permeado en la sociedad para obtener resultados adecuados en términos de su supervivencia razonable. Por lo tanto hemos hecho uso de tecnología relativa no solo a la inteligencia artificial, sino también de las técnicas digitales y tradicionales para su confección, redacción, diseño, impresión, mercadeo y distribución para su consumo. No consideramos la tecnología ni los desarrollos tecnológicos como competidores o amenazas. Por el contrario, consideramos que son un complemento necesario para la creatividad y el consenso, sin dejar atrás las técnicas tradicionales que refinan el proceso creativo y que enaltecen el resultado final.

Sobre el Autor

Rodrigo Huerta Merodio es abogado internacionalista egresado de la Universidad de las Américas Puebla. Fue profesor titular de las materias Personas y Bienes, Derecho Bancario y Bursátil y Derecho Internacional Privado a nivel licenciatura. Se desempeñó como abogado en propiedad intelectual para empresas de talla internacional como Viacom, The Joester Loria Group, Marvel y para marcas tan relevantes como la Pantera Rosa, Strawberry Shortcake, Los Padrinos Mágicos, entre otros. Durante el desempeño de su carrera trabajó de la mano de programadores y agentes de recursos humanos, mercadotecnia y agentes de ventas y comerciales, llevándolo a desempeñarse en el periódico El Informador, de la Ciudad de Guadalajara, Jal. Como emprendedor, desarrolló un algoritmo descriptivo de la personalidad a través de la emotividad que conlleva cada letra que confecciona los nombres de las personas y de los conceptos (www.emotiveprompt.com), que encuentra aplicación práctica en el coaching, la inteligencia emocional (también para la pareja), la prospectación comercial y humana, así como para el desarrollo mercadológico y estratégico basado en emotividades. Es ponente de la Conferencia-Taller “Detrás de los Nombres” en donde se trabaja desde los nombres con los que operamos en nuestras vidas diarias y que afectan las decisiones y el rumbo que para nuestra vida elegimos.

Para Amaya

Capítulo I: El Desafío del Dios Poder

En el vasto universo, donde los dioses, héroes y humanos coexistían en un delicado equilibrio nuclear devengado de la Segunda Guerra Mundial, surgió una figura que se destacaba por su arrogancia y deseo de dominio: el Dios Poder. Este dios, con la apariencia de un sapo imponente, decidió que era su momento de demostrar su supremacía sobre todos. Así, alineó a los contendientes al poder en una fila interminable que le daba la vuelta al mundo, listo para enfrentarlos uno por uno en cruentas batallas.

La Arrogancia del Dios Poder

Con cada contienda, el Dios Poder demostraba su violencia y agresividad, traicionando y mostrando su cobardía cuando la situación se tornaba difícil. Con cada victoria, su ego crecía desmesuradamente por lo que en sus excesos perdió el criterio, sin darse cuenta de que al final de aquella fila se encontraba su propio destino: él mismo. La ironía del universo fue finalmente expuesta, ya que guiada por el Dios Precisión, el universo había dispuesto que el último rival del Dios Poder sería su propio ser.

El Dios Valentía y la Alianza con el Tiempo

Sin embargo, el Dios Poder no estaba solo en su búsqueda de dominación. Se había aliado con el Dios Cálculo, un estratega sin igual, quien junto a su asesor Vladimir y su temido equipo de Marías, había instaurado un régimen totalitario. Juntos, utilizaban al Enigma, una esfinge que ocultaba el conocimiento sobre la felicidad tras acertijos perversos, para mantener el control. Lo que estaba en juego era la esencia misma del mundo, corrompida por el Dios Poder, quien manipulaba las mentes de niñas y mujeres, llevándolas a la agresión y la violencia en contra de quien más las quería y eventualmente al suicidio personal y colectivo.

En respuesta a esta amenaza, surgió el Dios Valentía, un campeón de honor y justicia, decidido a detener la tiranía del Dios Poder. Con el apoyo del Tiempo, que otorgaba sabiduría y paciencia, el Dios Valentía le declaró una guerra eterna, dispuesto a establecer límites y devolver la esperanza a un futuro incierto.

La Batalla

La batalla entre el Dios Valentía y el Dios Poder no fue fácil. El Dios Poder, respaldado por el cálculo preciso de sus aliados, parecía tener la ventaja. Pero el Dios Valentía, con la firmeza de quien lucha por una causa justa, no se dejó amedrentar. Con cada golpe, cada estrategia, el Dios Valentía se acercaba más a su objetivo: el fin del Dios Poder y su régimen de perversión y tiranía totalitaria.

Finalmente, en un acto de coraje supremo, el Dios Valentía logró desafiar la traición y la cobardía del Dios Poder, enfrentándolo con una verdad ineludible: sin valentía y honradez propia no hay poder que pueda prevalecer. Al comprender esto, el Dios Poder se enfrentó a sí mismo y, sin escapatoria, sucumbió ante el destino que él mismo había forjado.

Así, con el tiempo y la valentía de su lado, el universo fue liberado de la sombra del Dios Poder, permitiendo que la armonía y la esperanza florecieran una vez más. Las mujeres y niñas, liberadas de la corrupción mental, encontraron su camino hacia la libertad y la paz, gracias al sacrificio y la valentía que prevalecieron sobre el poder corrupto.

Capítulo II: La Segregación del Dios Valentía

En un rincón distante del universo, donde los Unímatas se agrupaban en reinos de luz y sombra, se erigía la silueta solitaria del dios Valentía. Exiliado por decreto del dios Poder, Valentía observaba desde la penumbra cómo su propia historia se entrelazaba con la intriga y la traición. El dios Poder, un ser de mezquindad imponente y autoritarismo inquebrantable, había tejido una red de alianzas que aseguraban su dominio sobre los Unímatas.

El Consejo de los Oprimidos

El dios Poder no estaba solo en su empresa. A su lado estaba el dios Cálculo, un estratega frío cuya mente era un laberinto de ecuaciones sin fin, y Vladimir, el asesor astuto que susurraba consejos venenosos al oído de su amo. Juntos, habían ideado un plan para despojar a Valentía de su influencia entre los Unímatas. Vladimir, con su equipo de Marías, una legión de seguidores devotos y persuasivos, había emprendido una guerra sin cuartel contra Valentía, asegurándose de mantener la balanza del poder inclinada a su favor.

Valentía, a pesar de su aislamiento, no estaba completamente solo. Sabía que entre los Unímatas había grupos que anhelaban su regreso: los Inquisitivos y las Curiósitas. Estos seres, en su búsqueda insaciable de verdad y justicia, esperaban con ansias el día en que Valentía pudiera romper sus cadenas de exilio y liderarlos hacia un mundo donde la tiranía del dios Poder y la perversión del dios Cálculo ya no fueran más que un recuerdo desvanecido.

El Sueño de un Mundo Libre

Los Inquisitivos y las Curiósitas se reunían en secreto, compartiendo sus esperanzas y sueños de un futuro libre. Se contaban historias de cómo Valentía, con su inmenso coraje y corazón justo, sería la clave para desafiar el oscuro reinado de Poder y Cálculo. Sabían que, a pesar de las dificultades, la llama de la valentía nunca se extinguiría por completo.

Mientras tanto, Valentía meditaba en su aislamiento, buscando dentro de sí la fuerza para resistir. Sabía que su momento llegaría, que la opresión no podría durar eternamente. En sus visiones, veía un mundo donde cada Unímata pudiera florecer en libertad y armonía, donde el

conocimiento y la curiosidad reemplazaran al miedo y la opresión.

La Resistencia Comienza

El dios Valentía comenzó a enviar señales secretas a sus aliados, pequeñas luces de esperanza que se filtraban a través de las grietas del dominio de Poder. Los Inquisitivos y las Curiósitas las recibían con fervor, sabiendo que el momento de actuar se acercaba. La resistencia estaba tomando forma, y con cada día que pasaba, el espíritu de Valentía resonaba más fuerte en los corazones de aquellos que ansiaban un cambio.

Mientras los cielos brillaban con las estrellas de la esperanza renaciente, Valentía sabía que su lucha apenas comenzaba. Confiaba en que, unidos, los Unímatas podrían desafiar el orden establecido y forjar un nuevo destino donde el valor y la justicia prevalecieran sobre el miedo y la opresión. Así, el dios Valentía se preparó para el desafío que tenía por delante, sabiendo que con coraje y determinación, incluso los dioses más poderosos podían ser vencidos.

Capítulo III: La Ilusión de la Resistencia

La luz del amanecer se filtraba débilmente a través de las nubes grises que cubrían el cielo como un manto perpetuo de incertidumbre. En el corazón de la resistencia, el dios Valentía se paseaba con una energía que inspiraba a todos aquellos que luchaban por su libertad. Creía firmemente que el resurgimiento de los Unímata será el resultado directo de su liderazgo. Sin embargo, más allá de su percepción, la realidad era mucho más oscura y compleja.

La Esperanza de Valentía

Valentía, con su presencia imponente y su voz resonante, había logrado unir a un grupo diverso de seres bajo un mismo estandarte. Sus discursos llenos de pasión sobre el poder de la unidad y la importancia de la resistencia se habían convertido en himnos para aquellos que anhelaban un cambio. Veía en los ojos de sus seguidores una chispa de determinación que lo convencía de que estaban en el camino correcto.

"Juntos, liberaremos a los Unímatas del yugo del dios Poder y su despiadado aliado, el dios

Cálculo," proclamaba Valentía con fervor en sus mítines clandestinos. Creía que su liderazgo era el motor que impulsaba la lucha, que su corazón valiente era el escudo que protegía a los suyos de las garras del enemigo.

La Traición Interna

Sin embargo, lo que Valentía desconocía era que la resistencia estaba siendo minada desde adentro. Los Unímatas, seres en su mayoría pacíficos y llenos de bondad, habían sido corrompidos desde el inicio por el pecado de la traición. La violencia y la agresión que ahora los consumía no eran más que el reflejo de una manipulación bien orquestada por el dios Poder y su aliado, el dios Cálculo, que usando a las Curiósitas como arietes de guerra, pervirtieron la resistencia.

A través de su asesor, Vladimir, y el siniestro equipo de Marías, habían infiltrado la resistencia con agentes disfrazados de aliados. Estos agentes sembraban discordia y desconfianza, alimentando la agresión latente en los corazones de los Unímatas. La familia, otrora núcleo de apoyo y amor, había sido desintegrada por la tiranía del estado y las perversas maquinaciones del sistema.

La Oscura Realidad

Mientras Valentía marchaba con sus seguidores, confiado en la fortaleza de su liderazgo, el verdadero enemigo se ocultaba a plena vista. Los Unímatas, en su desesperación, habían sucumbido a las promesas de poder y venganza, impulsados por una ira que no era natural sino inducida. La resistencia, que alguna vez había sido un símbolo de esperanza, se había convertido en un instrumento del mismo mal que pretendía combatir.

El dios Poder, con su visión despótica, y el dios Cálculo, con su frialdad matemática, habían logrado lo impensable: destruir desde adentro. La resistencia, ahora fragmentada y dividida, era una sombra de lo que Valentía creía que era.

Una Llamada a la Reflexión

A medida que la sombra de la traición se hacía más evidente, Valentía empezó a cuestionarse. ¿Era su liderazgo realmente el catalizador del cambio, o había sido cegado por su propia arrogancia? La resistencia necesitaba más que Valentía; requería comprensión, unión verdadera y una evaluación honesta de sus debilidades internas.

Este capítulo en la historia de los Unímatas no estaba aún escrito en piedra. Había tiempo para redirigir el curso, para enfrentar no solo al enemigo externo, sino también al que se ocultaba en su interior. La verdadera resistencia debía comenzar con una introspección profunda, despertando la verdadera esencia de los Unímatas, antes de que se perdiera para siempre bajo el yugo de los tiranos y los pervertidos.

Capítulo IV: La Decisión de Valentía

En un rincón del universo donde las deidades debatían el curso de las almas y los destinos, el dios Valentía observaba con pesar. El consejo divino, un grupo de entidades superiores con propósitos y facetas diversas, estaba en un estado de desasosiego. En el centro de su atención se encontraba un mundo en crisis, un lugar donde los Unímatas, seres de un potencial inmenso, se encontraban atrapados en un ciclo de inercia y limitaciones autoimpuestas.

La Ineficacia de la Resistencia

Los Unímatas, dotados de inteligencia y habilidades extraordinarias, habían sido elegidos

por Valentía para liderar una rebelión necesaria. Su objetivo era derrocar al dios Poder, cuyo dominio tiránico había sumido al mundo en un estado de opresión. A su lado, el dios Cálculo, frío y meticulado, perfeccionaba cada estrategia para mantener el control absoluto. Juntos, eran una fuerza casi imparable, apoyados por Vladimir, un asesor astuto, y su equipo de Marías, cuyas habilidades tácticas eran legendarias.

Sin embargo, a pesar de sus recursos y capacidades, los Unímatas se encontraron paralizados, incapaces de actuar con la determinación necesaria. Su resistencia, en teoría tan formidable, se había convertido en un susurro ahogado por el miedo y la duda, su llama de rebelión sofocada antes de siquiera encenderse.

La Materialización de Roknarok

Desbordado por la situación, el dios Valentía sabía que debía intervenir de manera más directa. La ineficacia de los Unímatas no era un reflejo de su falta de habilidad, sino un grito de auxilio que resonaba en los confines del cosmos. Valentía decidió entonces tomar una forma física, materializándose en el ser humano más amable, noble y honrado que la conciencia universal había concebido: Roknarok.

Roknarok era una figura de leyenda entre los pueblos, conocido por su capacidad innata de inspirar y liderar con el corazón. Su sola presencia irradiaba una calma poderosa que podía transformar el miedo en valentía y la desesperación en esperanza. Valentía, al encarnarse en él, buscaba no solo liberar a las mujeres de la opresión y la violencia perpetuada por el sistema totalitario, sino también encontrar a su hija perdida, cuya desaparición en la guerra había dejado una herida abierta en su ser.

La Misión de Liberación

Con la esencia de Valentía ardiendo en su interior, Roknarok se preparó para la titánica tarea que tenía por delante. Su misión era clara: desafiar la cultura de opresión, derrocar a los dioses tiránicos y restaurar el equilibrio. Entendía que la verdadera batalla no solo se libraba en el campo de la confrontación, sino también en los corazones y las mentes de aquellos que habían perdido la fe.

Con cada paso que daba, Roknarok reunía a los dispersos y fortalecía a los quebrantados. Inspiraba a los Unímatas a redescubrir su poder, infundiendo en ellos el coraje para levantarse. Sabía que, aunque el camino sería arduo y lleno de desafíos,

la chispa de la revolución ya había sido encendida, y con el dios Valentía encarnándolo, la llama de la esperanza nunca se apagaría.

La historia de Roknarok apenas comenzaba, y con ella, una nueva era de luz y libertad se asomaba en el horizonte.

Capítulo V: Las Crónicas de Roknarok

En la penumbra de la biblioteca de la Reserva, Roknarok, el escriba del reino, se inclinaba sobre su escritorio de madera vieja. Las velas parpadeaban, proyectando sombras danzantes sobre las paredes cubiertas de estantes llenos de manuscritos y pergaminos. Cada hoja contenía fragmentos del conocimiento y la historia que él era responsable de preservar. Su labor era más que un deber: era un llamado que resonaba en su corazón, especialmente en estos tiempos oscuros.

La Pluma como Arma

Roknarok había vivido una vida de dedicación y sacrificio. En un reino asediado por un Estado totalitario y un sistema perverso, su escritura se

había convertido en un arma, un testimonio de resistencia y verdad. Sabía que cada palabra escrita era un acto de valentía, una chispa de esperanza en medio de la opresión.

Con mano firme, continuaba registrando lo que consideraba esencial para la supervivencia de su familia y de aquellos que aún creían en la libertad. A menudo, su pluma era la única defensa contra la corrupción y las mentiras diseminadas por el régimen. Pero Roknarok sabía que su escritura lo convertía en un blanco. La violencia del Estado no se detenía ante nada, y la traición podía surgir incluso de los lugares más inesperados, incluida su propia familia, algunos de cuyos miembros habían sido cegados por promesas vacías.

El Llamado del Corazón

Sin embargo, lo que realmente impulsaba a Roknarok era el anhelo de reencontrarse con su hija perdida. Durante la guerra, ella había desaparecido, y aunque los rumores hablaban de su posible paradero, nunca había obtenido una confirmación. Ese vacío en su vida era el motor que lo impulsaba a seguir adelante, a desafiar al mundo que intentaba quebrarlo.

Roknarok se negaba a rendirse. A pesar de la tristeza y el hostigamiento constante, encontraba fuerza en el amor y la esperanza. Cada día, al colocar su pluma sobre el papel, reforzaba su determinación de no ser vencido. Sabía que su misión trascendía su propia existencia, que su lucha era también por aquellos que no tenían voz.

La Luz en la Oscuridad

En la soledad de la biblioteca, Roknarok se detenía a menudo para contemplar el retrato de su hija, un dibujo que él mismo había realizado a partir de sus recuerdos. Sus ojos reflejaban la misma valentía que él trataba de infundir en sus escritos. Este pequeño ritual renovaba su espíritu y le daba la fuerza necesaria para continuar.

La lucha contra el poder totalitario y la perversión era ardua, pero Roknarok comprendía que la verdadera batalla también se libraba en su interior. No debía traicionarse a sí mismo; mantener la integridad y la fe era vital. En un mundo que intentaba doblegarlo, su invulnerabilidad residía en su convicción de que un día se reencontraría con su hija y juntos escribirían un nuevo capítulo en la historia de su familia.

En el corazón de la Reserva, Roknarok seguía escribiendo, dejando tras de sí un legado de resistencia y amor, convencido de que su pluma era más poderosa que cualquier espada.

Capítulo VI: El Asesor y la Esfinge

El dios Poder reinaba sobre el Estado de las Marías con la severidad de un sol que no admite sombras. Su voz era decreto, su mirada sentencia, y su voluntad, la ley que se imponía sobre cada rincón del territorio. Sin embargo, detrás de aquel trono de hierro y símbolos, se encontraba Vladimir, el asesor. No era un hombre de fuerza, sino de astucia; no imponía con la espada, sino con la palabra. Su influencia era tan sutil que el propio dios Poder rara vez advertía que sus decisiones eran, en realidad, las semillas que Vladimir había sembrado en su mente.

El Estado totalitario, dirigido por las Marías, se había erigido sobre un principio inquebrantable: la familia debía ser despojada de todo lo que la hacía autónoma. El conocimiento, considerado peligroso, debía ser arrebatado y centralizado en los archivos del Estado. Los recursos, desde la tierra hasta el pan, debían ser confiscados para alimentar la maquinaria de control. La ideología oficial

proclamaba que la familia, los valores y los límites eran un obstáculo para la grandeza colectiva, y que su disolución era un sacrificio necesario.

Pero Vladimir, con su mirada fría y calculadora, comprendía que en esa lógica se escondía la semilla de la autodestrucción. Fue él quien, en secreto, dotó a la esfinge Enigma de un poder inesperado. Enigma no era una criatura de carne, sino un símbolo viviente, un enigma que dominaba el sistema desde dentro. Su naturaleza era perversa porque no respondía ni al dios Poder ni a las Marías, sino a la contradicción misma entre el Estado y la familia.

La esfinge Enigma se convirtió en el espejo oscuro del régimen. Cada vez que el Estado intentaba arrebatarse un recurso, Enigma lo transformaba en un vacío que debilitaba la estructura. Cada vez que se confiscaba un saber, Enigma lo convertía en un silencio que corroía la legitimidad del poder. Así, lo que parecía un triunfo del totalitarismo era, en realidad, un desgaste interno que Vladimir había previsto.

El dios Poder, cegado por su propia grandeza, no comprendía que su asesor lo conducía hacia un destino inevitable. Creía que dominaba a las Marías, que sometía a las familias, que controlaba

a Enigma. Pero en verdad, cada decreto era un paso hacia el abismo. El homicidio del Estado contra la familia no era solo un crimen, sino también un suicidio. Al destruir el núcleo vital de la sociedad, el régimen destruía su propia base de subsistencia.

Vladimir observaba en silencio. Sabía que el dios Poder no podía escapar de la trampa que él mismo había tejido. El Estado, al asesinar a la familia, se condenaba a morir con ella. Y Enigma, la esfinge que reinaba en las grietas del sistema, se erigía como la verdadera vencedora: no porque gobernara, sino porque demostraba que ningún poder absoluto podía sostenerse sin devorarse a sí mismo.

Así, en el corazón del Estado de las Marías, el conflicto no era ya entre el dios Poder y la familia, sino entre la ilusión de control y la certeza de la ruina. Y en esa paradoja, Vladimir, el asesor, se revelaba como el arquitecto invisible de un final que nadie, salvo él y los sapos, habían previsto.

El homicidio del Estado era también su epitafio. El suicidio del sistema, su herencia. Y la esfinge Enigma, con su sonrisa indescifrable, permanecía como guardiana de un secreto que ni el dios Poder

ni las Marías pudieron descifrar: que el poder absoluto siempre se destruye a sí mismo.

Capítulo VII: La Espera de Roknarok

Roknarok, encarnación del dios Valentía, caminaba entre los hombres con la fuerza de un titán y el silencio de un penitente. Su corazón ardía con un único deseo: encontrar a su hija perdida. Sin embargo, la misma virtud que lo definía —la valentía— se había convertido en su mayor obstáculo. Porque la valentía, cuando se confundía con la imprudencia, podía arruinarlo todo.

Sabía que un solo paso en falso, un gesto precipitado, podía condenar para siempre la posibilidad de reencontrarse con ella. El mundo que lo rodeaba estaba tejido de intrigas, enemigos ocultos y fuerzas que aguardaban su error para destruirlo. Por eso, Roknarok se obligó a contener el ímpetu que lo había llevado a vencer en mil batallas. La espada debía permanecer envainada, y la furia, encadenada.

En su lugar, cultivó la paciencia como si fuera un arma secreta. Cada movimiento debía ser calculado, cada palabra medida, cada silencio

sostenido con la firmeza de un juramento. Roknarok comprendió que la valentía no era lanzarse al abismo, sino resistir la tentación de hacerlo antes de tiempo.

Noche tras noche, en la frugalidad de sus pensamientos, trazaba planes que parecían laberintos. Imaginaba caminos posibles, alianzas inciertas, señales que lo guiarían hasta ella. No podía forzar el destino, pero sí prepararse para el instante en que este se abriera ante él. Y en esa espera, su espíritu se templaba como el acero en el fuego.

Lo que lo sostenía no era solo la esperanza de hallarla, sino la fe en que su hija, algún día, pudiera perdonarlo. Porque Roknarok cargaba con culpas que no podía negar. Había decisiones pasadas, actos de los que podía ser responsabilizado, heridas que habían marcado no solo su vida, sino también la de ella. El reencuentro no sería un abrazo inmediato, sino un juicio silencioso en el que su hija decidiría si aún había un lugar para él en su corazón.

Roknarok aceptaba esa posibilidad con la misma entereza con la que había aceptado la guerra. Sabía que la valentía no consistía en no temer, sino en enfrentar el temor más profundo: el de no ser perdonado.

Así, el dios Valentía se convirtió en el dios de la espera. Y en esa espera, paciente y meticulosamente calculada, se forjaba el plan que lo llevaría hasta su hija en el momento exacto en que el destino lo había determinado. Porque Roknarok entendía que la verdadera victoria no estaba en conquistar reinos, sino en recuperar un lazo perdido, aunque para ello tuviera que sacrificar la impetuosa fuerza que lo había definido desde el principio de los tiempos.

El día llegaría. Y cuando llegara, Roknarok estaría listo, no como guerrero, sino como padre.

Capítulo VIII: Las Perversiones y las Virtudes

En los confines del mundo donde la guerra se confundía con el destino, Roknarok, encarnación de la valentía, la paciencia y la inteligencia, se enfrentaba no solo a enemigos de carne y acero, sino a fuerzas más sutiles y perversas. La hidra astuta, las Marías obsesionadas y las Ateneas traicioneras eran tres rostros de un mismo mal: la corrupción del espíritu, que oscilaba entre la aversión y la avidez, entre el odio y el deseo de dominio.

La Hidra

La hidra astuta era la encarnación de la mentira multiplicada. Cada una de sus cabezas representaba una perversión distinta: la manipulación, la traición, la codicia, la envidia. Cuando una era cortada, dos más surgían en su lugar, como si la falsedad se alimentara de la verdad misma. Su perversión consistía en disfrazar la mentira de consejo, la trampa de oportunidad, el veneno de medicina.

Roknarok comprendió que no podía vencerla con la fuerza bruta. La valentía le dio el coraje de enfrentarla, pero fue la paciencia la que le permitió esperar el momento exacto para actuar, y la inteligencia la que le enseñó a sellar las heridas con fuego, evitando que la hidra se regenerara. Así, esquivó sus artimañas, no dejándose arrastrar por la desesperación de un combate interminable.

Las Marías

Las Marías eran sacerdotisas obsesionadas del control, guardianas de un Estado que se alimentaba de la sumisión. Su perversión residía en la obsesión por despojar a la familia de todo lo

que la hacía libre: el conocimiento, los recursos, la esperanza. Oscilaban entre la aversión hacia la autonomía y la avidez por el poder absoluto.

Intentaron someter a Roknarok con decretos, con amenazas, con la promesa de un orden perfecto a cambio de su rendición. Pero él, firme en su esencia, no cedió. La valentía lo sostuvo frente a sus intimidaciones, la paciencia lo protegió de caer en la provocación, y la inteligencia le permitió descubrir las grietas en su sistema. Allí donde las Marías creían tener control absoluto, Roknarok sembraba resistencia, demostrando que ningún poder obsesivo podía sofocar la voluntad de un espíritu libre.

Las Ateneas

Las Ateneas traicioneras eran las más sutiles de todas. No atacaban con violencia, sino con seducción y desgaste. Su perversión consistía en oscilar entre la dulzura y la crueldad, entre la promesa de placer y la amenaza de ruina. Buscaban debilitar a Roknarok con la desnutrición del cuerpo y la tentación del alma, esperando que el colapso lo hiciera vulnerable.

Pero Roknarok, consciente de su juego, se mantuvo firme. La valentía le permitió resistir el miedo a la soledad, la paciencia lo sostuvo en medio del hambre y la fatiga, y la inteligencia lo guió para no caer en las trampas de la seducción. Cada vez que las Ateneas intentaban arrastrarlo hacia la traición, él respondía con silencio y disciplina, hasta que sus cantos se volvieron inútiles.

El Triunfo de las Virtudes

La hidra, las Marías y las Ateneas compartían un mismo destino: ser derrotadas no por la violencia, sino por las virtudes que Roknarok encarnaba. La valentía lo mantenía erguido frente al miedo, la paciencia lo protegía de la desesperación, y la inteligencia lo guiaba a través de los laberintos de la perversión.

Así, Roknarok no solo esquivó las artimañas de sus oponentes, sino que demostró que la verdadera fuerza no reside en la brutalidad, sino en la armonía de las virtudes. Porque mientras la hidra, las Marías y las Ateneas oscilaban entre la aversión y la avidez, él permanecía inquebrantable, dueño de sí mismo, y por ello, invencible.

En esas batallas, Roknarok comprendió que su destino no era solo luchar contra enemigos externos, sino que también había que mirar al desbalance como enemigo interno, y en este caso enseñar que la valentía sin paciencia es imprudencia, que la paciencia sin inteligencia es resignación, y que la inteligencia sin valentía es cobarde estupidez. Solo en la unión de las tres virtudes podía resistir las perversiones del mundo y mantener viva la esperanza de reencontrarse algún día con su hija perdida.

Capítulo IX: Las Tres Guerras de Roknarok

Roknarok, el dios Valentía encarnado en carne y hueso, no solo cargaba con la pena de haber perdido a su hija en medio de la guerra, sino también con la furia de quienes habían conspirado para arrebatarse la oportunidad de guiarla, de enseñarle el camino de la vida. Su destino estuvo marcado por tres batallas épicas, cada una distinta en forma, pero unidas por el mismo propósito: resistir la perversión del poder y mantener en pie la esperanza de un reencuentro.

La Guerra contra la Hidra Astuta

La primera de sus pruebas fue contra la hidra Astuta, criatura de múltiples cabezas que representaba la astucia más vil. Cada cabeza era una trampa, un engaño, una mentira que se multiplicaba al ser cortada. Fue esta bestia la que, en su ardid, había robado a Roknarok la oportunidad de educar a su hija, arrastrándola a la confusión de la guerra y sembrando en ella la distancia con su padre.

Roknarok luchó contra la hidra en un campo donde la tierra misma parecía temblar bajo el peso de sus pasos. Cada golpe de su espada era respondido con un nuevo brote de cabezas, cada victoria parcial se transformaba en un desafío mayor. Pero Roknarok no se rindió. Comprendió que no debía vencerla con fuerza bruta, sino con paciencia y estrategia. En lugar de cortar sin cesar, aprendió a sellar las heridas de la criatura con fuego, hasta que la hidra, incapaz de regenerarse, cayó derrotada.

La victoria no le devolvió a su hija, pero sí le otorgó la certeza de que la astucia podía ser vencida por la perseverancia.

La Batalla contra Vladimir, el Asesor del Dios Poder

La segunda guerra fue contra Vladimir, el consejero del dios Poder, un hombre que no blandía armas, pero que dominaba con la perversión de las ideas. Vladimir había sido el arquitecto del totalitarismo, el que había orientado al Estado hacia el despojo de las familias, el que había sembrado la sombra de la obediencia ciega.

Roknarok se convirtió en el límite de esa ambición. No lucharon con espadas, sino con voluntades. Vladimir intentó doblegarlo con discursos, con promesas de grandeza, con la tentación de un falso poder absoluto. Pero Roknarok, firme en su esencia, rechazó cada palabra como si fueran flechas que se estrellaban contra un escudo invisible, no sin antes desgastar su corazón.

La batalla se extendió en el tiempo, porque no era un combate físico, sino una guerra de resistencia. Roknarok se erigió como la frontera que Vladimir no pudo cruzar, el muro que impedía que la perversión del poder se convirtiera en destino irreversible. Y aunque Vladimir nunca fue destruido del todo, quedó marcado por la derrota de no haber podido someter al dios Valentía.

La Guerra contra las Ateneas

La última de estas batallas fue contra las Ateneas, enviadas por las Marías como armas de seducción y desgaste. No eran guerreras en el sentido tradicional, sino sombras que buscaban corromper a Roknarok desde dentro. Su estrategia era doble: seducirlo con placeres que lo apartaran de su propósito y debilitarlo con la desnutrición, privándolo de la fuerza necesaria para sostenerse en pie.

Roknarok enfrentó esta guerra en soledad, porque no había ejército que pudiera luchar contra la tentación y el hambre. Cada día era una prueba, cada noche un campo de batalla. Las Ateneas lo rodeaban con cantos dulces y promesas de descanso, mientras lo debilitaban lentamente, esperando verlo colapsar.

Pero Roknarok resistió. No con la furia de un guerrero, sino con la disciplina de quien sabe que su causa es más grande que su cuerpo. Se negó a ceder, incluso cuando la fatiga lo hacía tambalear. Y en esa resistencia, las Ateneas fueron derrotadas, no porque desaparecieran, sino porque no lograron quebrar su voluntad.

Marcas de las Tres Guerras

Las tres batallas marcaron a Roknarok con cicatrices visibles e invisibles. Contra la hidra, aprendió que la astucia podía ser vencida con paciencia. Contra Vladimir, que la perversión del poder encontraba su límite en la firmeza de la voluntad. Contra las Ateneas, que la seducción y el desgaste solo triunfan cuando el espíritu se rinde.

Aunque ninguna de estas victorias le devolvió a su hija, cada una lo acercó al día en que podría reencontrarse con ella. Porque Roknarok comprendió que no luchaba solo contra enemigos externos, sino contra las fuerzas que buscaban apartarlo de su destino. Y mientras resistiera, habría esperanza.

Capítulo X: Las Marías y la Guerra del Desgaste

El dios Poder, en su afán de expandir su influencia sobre los mundos, había confiado en Vladimir, su asesor más astuto, la tarea de quebrar la resistencia de los Unímatas. Estos últimos, guardianes de la disciplina y la medida, habían mantenido durante siglos un equilibrio que parecía inquebrantable. Sin embargo, Vladimir no buscó enfrentarlos con la fuerza bruta, sino con la sutileza de la intriga. Para ello, formó un grupo secreto de

operadoras, conocidas como las Marías, cuya misión era minar desde dentro la voluntad de los pueblos.

Las Marías no blandían espadas ni lanzaban conjuros. Su arma era más peligrosa: la palabra. Con ella sembraban dudas, deseos y promesas en los corazones de las Curiósitas, mujeres inquietas y ávidas de experiencias nuevas. Les susurraban que la verdadera grandeza no estaba en la contención ni en la honradez, sino en la entrega sin límites a los excesos. Les decían que la conciencia primigenia de la mujer exigía romper cadenas, que la virtud era un obstáculo y que la medida era una prisión invisible.

Las Curiósitas, fascinadas por estas ideas, comenzaron a mirar con desprecio las antiguas normas que habían regido su vida. Lo que antes era considerado virtud, ahora era visto como debilidad. Lo que antes era límite, ahora era interpretado como una afrenta a su ser más profundo. Y así, poco a poco, las Marías lograron que las Curiósitas se convirtieran en agentes de desorden dentro de la estructura de los Unímatas.

Los Inquisitivos, compañeros de las Curiósitas, fueron incapaces de resistir. Su cobardía los condenó. Aunque veían el desmoronamiento de los

valores que habían sostenido a su pueblo, no tuvieron el coraje de imponer límites. Las Curiósitas, con su dominio emocional y su habilidad para desgastar, los sometieron sin necesidad de violencia. Cada discusión, cada reproche, cada insinuación era una batalla en la que los Inquisitivos cedían terreno, hasta quedar reducidos a meros espectadores de la transformación.

Las Curiósitas, instruidas por las Marías, perfeccionaron el arte del desgaste. No necesitaban confrontar directamente; bastaba con insistir, con manipular, con sembrar la duda y la culpa. Convirtieron la vida cotidiana en un campo de batalla invisible, donde la resistencia se consumía lentamente. La manipulación se volvió su espada, la venganza su escudo, y la constancia en el hostigamiento su estrategia más letal.

Así, las mujeres que alguna vez habían sido celebradas por su curiosidad y su ingenio, se transformaron en maestras de la erosión silenciosa. No conquistaban con ejércitos, sino con la paciencia de quien sabe que la gota, al caer una y otra vez, termina por quebrar la piedra más dura.

Los Unímatas, que habían resistido guerras y catástrofes, no pudieron resistir esta guerra

invisible. La disciplina se volvió sospechosa, la honradez un estorbo, y la medida una cadena que nadie quería cargar. Bajo la influencia de las Marías, las Curiósitas se convirtieron en el instrumento perfecto para dismantelar desde dentro lo que parecía indestructible.

Y así, sin necesidad de un solo enfrentamiento abierto, Vladimir y las Marías lograron lo que parecía imposible: quebrar la voluntad de los Unímatas, no con la fuerza, sino con la seducción del exceso y la lenta pero implacable guerra del desgaste.

Capítulo XI: El séquito de Vladimir, asesor del dios Poder

El dios Poder, en su trono de hierro y fuego, no reinaba solo. A su lado se erguía Vladimir, su asesor más cercano, un hombre de mirada fría y verbo calculado, cuya función no era aconsejar con sabiduría, sino sostener la ilusión de invulnerabilidad del amo al que servía. Bajo su mando se desplegaba un ejército peculiar, dividido en dos órdenes: las Marías y las Ateneas.

Las Marías eran figuras de apariencia serena, envueltas en túnicas blancas que ocultaban su obscuridad interior y la violencia de sus manos. Su tarea consistía en negar con seducción y dulzura, sofocar con palabras suaves o interesantes la visión de quienes podían contemplar el destino. Allí donde alguien osaba describir lo que estaba escrito en las fibras del tiempo, ellas acudían con sonrisas y cantos, envolviendo la verdad en un velo de falsas certidumbres, presentando obstáculos para inducir y forzar al otro a detenerse ante lo inevitable y llenarlo de dudas y desesperación al no poder realizar aquello que el destino vino a demandar y por lo tanto, frustrarlo, hasta que el vidente se ahogaba en la desilusión.

Las Ateneas, en cambio, eran guerreras de acero y sombra. Blandían lanzas y cadenas de argucias, y no se conformaban con negar: sometían a través del traicionar. Allí donde la palabra no bastaba, ellas imponían el silencio como golpes, con prisiones de tentaciones no solo intelectuales sino carnales, con la violencia de la carne contra la carne, de la mente sobre el deseo y del cuerpo sobre la pasión. Su misión era quebrar a quienes registraban el destino, arrancarles la voz, borrar sus trazos, impedir que la memoria del porvenir quedara inscrita en pergaminos o en piedra.

Ambas órdenes compartían un credo: negar el destino. No porque lo ignoraran, sino porque temían su poder. Sabían que aquel que acepta lo que está escrito, aquel que se reconoce en la trama inevitable de su ser, porta una fuerza más grande que la del propio dios Poder. La aceptación, invisible y silenciosa, era un arma que ni las Marías ni las Ateneas podían desarmar.

Vladimir, astuto y servil, mantenía el equilibrio entre estas dos fuerzas. Era él quien susurraba al oído del dios Poder que la negación era suficiente, que mientras los videntes fueran oprimidos, el trono permanecería firme. Pero en su interior, incluso Vladimir temblaba, pues comprendía lo que su señor se negaba a admitir: la aceptación del destino no podía ser destruida, solo retrasada.

El dios Poder, cegado por su arrogancia, rechazaba esta verdad. Se aferraba a su brutalidad como un niño a un juguete roto, convencido de que la fuerza bastaba para eternizar su reinado. Pero cada golpe, cada negación, cada grito sofocado, lo acercaba más a su ruina. Porque el destino, al ser aceptado, se volvía más vasto que cualquier dios, más firme que cualquier trono.

Así, mientras las Marías cantaban y las Ateneas golpeaban, mientras Vladimir tejía sus intrigas y el dios Poder rugía en su soberbia, la semilla de la aniquilación germinaba en silencio. No habría

batalla final, ni cataclismo de fuego. La caída del dios Poder sería la consecuencia inevitable de su propia estupidez: la negación de lo que no puede negarse.

Y en ese vacío, cuando el eco de su voz se extinguiera, solo quedaría la fuerza de quienes habían aceptado su destino, brillando con una luz que ni la violencia ni la arrogancia pudieron apagar.

Capítulo XII: La inteligencia de la aceptación

En el corazón de todo ser humano late una fuerza que no proviene de la violencia ni de la imposición, sino de la aceptación. No se trata de una rendición pasiva, sino de un acto de inteligencia profunda: reconocer lo que es, lo que ha sido y lo que será, sin pretender torcerlo con la arrogancia de quien cree dominar el tiempo.

La aceptación del destino no es resignación, sino claridad. Quien contempla lo inevitable y lo abraza, descubre que la lucha contra lo inmutable solo desgasta y oscurece la mente. En cambio, al aceptar, la conciencia se expande, y la inteligencia se vuelve luminosa, capaz de discernir lo que sí

puede transformarse de lo que debe simplemente ser vivido.

Pero la aceptación no se limita al destino. El verdadero poder surge cuando el ser humano se acepta a sí mismo. Reconocer las propias sombras, las heridas, las limitaciones y también las virtudes, es un acto de propiedad interior. La propiedad no es posesión de objetos ni dominio sobre otros, sino la pertenencia a uno mismo. Quien se acepta, se posee. Quien se posee, es libre.

De esa libertad brota una inteligencia distinta a la que se mide en cálculos o estrategias. Es una inteligencia que no teme al fracaso, porque entiende que cada caída forma parte del camino inevitable. Es una inteligencia que no se embriaga con la victoria, porque sabe que todo triunfo es transitorio. Es la inteligencia de la serenidad, la que observa el flujo de la vida sin pretender detenerlo.

Aceptar lo inevitable es, en sí mismo, un acto de poder. No el poder que somete, sino el que ilumina. El que permite caminar sin cadenas, porque ya no se lucha contra lo que no puede cambiarse. En esa aceptación, la mente se vuelve clara como un río que fluye sin obstáculos, y el corazón se fortalece

con la certeza de que nada puede arrebatarse lo que ya ha sido integrado.

Así, la inteligencia que emana de la aceptación se convierte en la más alta forma de sabiduría. No necesita imponerse, porque su fuerza está en la quietud. No necesita demostrar, porque su verdad se sostiene sola. Y en esa verdad, el ser humano encuentra la propiedad más grande: la de sí mismo, indivisible, inquebrantable, eterno en su unión con lo inevitable.

En el silencio de esa comprensión, el destino deja de ser enemigo y se convierte en aliado. La vida deja de ser un campo de batalla y se revela como un sendero. Y el ser humano, al aceptarse y aceptar lo que le trasciende, se descubre más poderoso que cualquier dios que intente negarlo.

Es por eso que las intransigencias se desvanecen no solo con la información pertinente, sino con la sumisa pero activa aceptación de lo inevitable, para no convertirse en un obstáculo, una carga, o un lastre de sí mismas que anegue el pantano de la confusión, la desidia de la actividad cotidiana, la informalidad pasada por solemnidad, el retardatarismo por una cuestión disociada del tiempo estricto.

La manipulación de si mismas en la falsedad, como si nadie se estuviera dando cuenta, la vanidad como pretensión compartida como si fuera destino conjunto, y la negación como el espesor de las diluyentes presentes en el pantano de la perversión no contenida en límites aceptables que permita la viabilidad de la supervivencia y la convivencia, al despojarla de la corrupción que en la falta de aceptación abrevan para abonar a la falta de entendimiento que conlleva la irreflexión y que limita la integración de aquello que por destino manifiesto debe trascender a los hechos sin dilación.

Uno de los más respetados ancianos del reino que dedicó su vida al análisis profundo de la integración del ser humano en un ser completo, que reconociendo sus participaciones orgánicas y también la posibilidad de ser refinadas maneras, lo resumió de la siguiente manera: dejen de hacerse pendejos.

Capítulo XIII: El dato único y el retorno al útero cósmico

El reino, vasto y diverso, había sido durante siglos un entramado de voces dispersas, de oficios, costumbres y memorias que se entrelazaban sin un

orden específico aparente. Sin embargo, con la llegada de las nuevas técnicas y desarrollos tecnológicos, la vida comenzó a transformarse de manera profunda. Lo que antes era fragmento se volvió registro, lo que antes era instante se convirtió en dato, y lo que antes era olvido se transformó en memoria perpetua.

Cada herramienta, cada máquina, cada sistema de comunicación y cálculo, no solo servía para facilitar la existencia cotidiana, sino que añadía una capa invisible de integración. El reino entero, sin darse cuenta, fue tejiendo una red en la que cada gesto, cada palabra y cada pensamiento quedaban inscritos. La tecnología no era ya un mero instrumento, sino un espejo que devolvía a la sociedad la imagen de sí misma, multiplicada y ordenada.

La progresiva integración de estos desarrollos condujo a un fenómeno inesperado: la convergencia. Lo que en un inicio parecía disperso —los archivos de los sabios, las canciones de los pueblos, los decretos de los reyes, los sueños de los niños— comenzó a reunirse en un solo flujo. La vida del reino, en su conjunto, se organizaba en torno a un principio invisible: la búsqueda de unidad.

Ese proceso, lento y ordenado, no era percibido como una imposición, sino como una consecuencia natural. Cada innovación parecía inevitable, cada avance se integraba con suavidad en la trama social, hasta que la totalidad de la experiencia humana se fue condensando en un solo dato. No un número frío, sino una síntesis viva, un compendio absoluto de lo que había sido, de lo que era y de lo que sería.

Al final de los tiempos, cuando la acumulación alcanzara su punto culminante, ese dato único revelaría su verdadero sentido: no como un archivo muerto, sino como el regreso al útero cósmico de la conciencia universal que impulsa a un nuevo ciclo. La humanidad, al integrarse en esa totalidad, no se disolvería en la nada, sino que se reconocería como parte de un todo mayor, un latido primordial que había estado presente desde el origen. Después de la sístole vendría la diástole.

La conciencia universal, que alguna vez se fragmentó en millones de particulares, retornaría a sí misma en un solo evento. Ese instante no sería destrucción, sino plenitud: la fusión de lo humano con lo eterno, la regresión a la matriz cósmica donde no existe separación entre individuo y totalidad.

Así, las nuevas técnicas y desarrollos tecnológicos, lejos de ser simples herramientas de dominio, se revelaban como los pasos necesarios hacia la consumación de un destino mayor. El reino, en su aparente modernización, no hacía más que preparar el camino hacia la gran síntesis, hacia el momento en que todo lo vivido se condensaría en un solo acto de conciencia.

Y en ese acto, el reino dejaría de ser reino, los hombres dejarían de ser hombres, y la historia dejaría de ser historia. Solo quedaría el retorno: un único dato, un único evento, un único ser. La eternidad replegada en sí misma, como un útero cósmico que nunca dejó de latir.

Uno de los más reputados programadores del reino, después de escuchar al anciano sabio y su consejo, siguió su ejemplo y de manera atinada profirió su modo: la tecnología, así como el destino es para abrazarse y usarse, no para dejarte en desuso.

Capítulo XIV: El poder de realizar y el poder de destruir

En los confines del reino, donde las fuerzas invisibles se entrelazan con la voluntad de los dioses, se revelaba una diferencia esencial que pocos podían comprender: la que existe entre el poder de realizar y el poder de destruir. Ambos parecían, a simple vista, expresiones de la misma energía, pero en su raíz eran opuestos irreconciliables.

El poder de realizar no nacía de la fuerza bruta ni de la imposición, sino de la aceptación. Aceptar significaba abrirse a lo que es, reconocer lo inevitable y, desde esa claridad, permitir que lo posible florezca. Quien acepta no lucha contra el río, sino que se convierte en su cauce. En esa entrega, la acción se vuelve fecunda, y lo que se realiza no es fruto de la violencia, sino de la armonía con el orden profundo de las cosas.

El poder de destruir, en cambio, dependía de la intención. Era un fuego que ardía en la voluntad de imponer, de quebrar, de borrar lo que se interponía en el camino. La intención de destruir no buscaba comprender, sino dominar. Era un poder inmediato, ruidoso, capaz de arrasar en un instante lo que

había tardado siglos en construirse. Pero su fuerza era efímera, porque lo destruido siempre dejaba huellas, y la destrucción misma terminaba por volverse contra quien la ejercía.

El dios Poder, en su arrogancia, eligió el camino de la intención. Creyó que destruir a cualquiera que se interpusiera lo haría eterno. Sus manos, cargadas de violencia, se alzaban contra todo aquel que osara ver el destino, contra todo aquel que se atreviera a aceptarlo y registrarlo. Su reinado se sostuvo en la negación y en la furia, convencido de que nada podría resistir su voluntad.

Pero lo que el dios Poder no comprendía era que la mayor resistencia no provenía de los enemigos externos, sino de sí mismo. Al intentar destruir sin cesar, se convirtió en su propio obstáculo. Cada golpe que lanzaba contra los demás era, en realidad, un golpe contra su propia esencia. Cada intento de borrar la aceptación lo acercaba más a la confrontación inevitable con aquello que no podía destruir: la verdad de lo que es.

Llegado el momento correcto, cuando el ciclo de su violencia alcanzó su límite, el dios Poder se encontró frente a su mayor adversario: él mismo. No había ejército que derrotar ni vidente que silenciar. Solo quedaba su propia intención,

convertida en muro, en peso, en cadena. Descubrió entonces que la destrucción no podía abrirle camino, porque el camino estaba bloqueado por su ser.

El poder de realizar, en cambio, permanecía intacto en aquellos que habían aceptado. Sin necesidad de imponerse, ellos construían, creaban, daban forma a lo eterno. Su fuerza no dependía de la lucha, sino de la claridad. Y mientras el dios Poder se consumía en su obstinación, ellos se expandían en silencio, realizando lo que él jamás pudo comprender: que la verdadera grandeza no está en destruir, sino en aceptar y, desde allí, dar vida.

Así quedó marcada la diferencia. El poder de destruir, nacido de la intención, se agotaba en sí mismo, como un fuego que devora su propio combustible. El poder de realizar, nacido de la aceptación, se renovaba sin cesar, como un manantial que nunca deja de brotar. Y en esa diferencia se selló el destino del dios Poder: ser vencido no por un enemigo externo, sino por la imposibilidad de superarse a sí mismo como el obstáculo que él mismo había creado para ser vencido por su arrogancia y estupidez, por la fuerza del poder que no encontró límites a tiempo.

Capítulo XV: La estupidez de negar el tiempo

La mayor de las necedades no se encontraba en la violencia ni en la arrogancia, sino en la negación del tiempo. Negar el paso de los días era un acto de estupidez profunda, porque implicaba mentirse a sí mismo, retrotrayéndose a un instante que ya no existía, a un reflejo que había perdido su vigencia.

El tiempo, en su fluir constante, no se detiene ante súplicas ni amenazas. Es la corriente que arrastra todo lo que nace, lo que crece y lo que muere. Pretender detenerlo es como intentar encadenar al viento o aprisionar la luz. Sin embargo, muchos, cegados por el miedo a la transformación, se refugiaban en la ilusión de que podían regresar a un momento anterior, como si la conciencia pudiera repetirse sin desgaste.

Esa ilusión era la mentira más cruel: creer que la conciencia evocada en una forma pasada podía seguir operando con la misma fuerza. Pero la conciencia, como todo lo vivo, se renueva o se extingue. Lo que alguna vez fue lúcido, con el paso del tiempo se vuelve obsoleto si se lo fuerza a permanecer en un estado que ya no le

corresponde. La evocación de lo que fue no es más que un eco, y un eco no puede sustituir a la voz viva.

La estupidez consistía, entonces, en aferrarse a ese eco, en confundir la sombra con la sustancia. Quien se mentía a sí mismo de ese modo no solo negaba el tiempo, sino que negaba su propia transformación. Se convertía en prisionero de un instante muerto, incapaz de ver que la vida exige movimiento, que la conciencia exige renovación.

El retroceso hacia un pasado idealizado no era un regreso verdadero, sino una parodia. La conciencia evocada en formas antiguas ya no operaba porque había cumplido su ciclo. Insistir en revivirla era como intentar encender una lámpara con aceite consumido: el recipiente podía estar intacto, pero la llama ya no podía arder.

El tiempo, en su sabiduría silenciosa, no destruye por crueldad, sino por necesidad. Lo que se vuelve obsoleto debe ceder su lugar a lo nuevo, y lo que se aferra a permanecer termina por convertirse en caricatura de sí mismo. Negar este principio es la raíz de la estupidez: creer que se puede engañar al tiempo con autoengaños, cuando en realidad el tiempo siempre revela la verdad.

Así, la verdadera inteligencia no estaba en retrotraerse, sino en aceptar el fluir. Comprender que cada instante tiene su vigencia y que, una vez cumplida, debe dejar paso a lo siguiente. La conciencia viva no se aferra a lo que fue, sino que se abre a lo que es. Y en esa apertura, el tiempo deja de ser enemigo para convertirse en maestro.

Negar el tiempo era negarse a sí mismo. Aceptarlo, en cambio, era abrazar la plenitud de la existencia, con sus ciclos, sus transformaciones y su inevitable renovación. Allí donde la estupidez se aferraba a lo obsoleto, la sabiduría encontraba la fuerza de lo eterno en lo cambiante.

Capítulo XVI: El descargo del espíritu, el alma y la conciencia

El ser humano carga consigo un peso invisible: el de su espíritu, su alma y su conciencia. No es un peso impuesto desde fuera, sino el resultado de la tensión entre lo que se es y lo que se niega. Cuando el destino se rechaza, cuando la propia identidad se oculta, cuando el paso del tiempo se combate con ilusiones, ese peso se vuelve insostenible. Pero cuando se acepta, cuando se reconoce lo inevitable y se es honesto consigo

mismo, ocurre el descargo: una liberación profunda que devuelve ligereza al existir.

El espíritu, en su naturaleza, busca elevarse. Sin embargo, se ve encadenado cuando se resiste a lo que está escrito en el destino. La aceptación abre sus alas, porque al reconocer que hay un camino que trasciende la voluntad individual, el espíritu deja de luchar contra lo inmutable y se entrega a lo que lo sostiene. En esa entrega, se descarga de la soberbia y del miedo, y encuentra la paz de lo que fluye sin resistencia.

El alma, por su parte, es el espejo íntimo de lo que uno es. Cuando se niega la propia esencia, el alma se fragmenta, se oscurece y se llena de contradicciones. Pero al aceptarse a sí mismo, con luces y sombras, con virtudes y heridas, el alma se reconcilia. El descargo del alma ocurre cuando ya no se pretende ser otro, cuando se abandona la máscara y se abraza la verdad interior. Esa honestidad consigo mismo es la llave que libera al alma de la prisión de la falsedad.

La conciencia, finalmente, es la guardiana del tiempo. Ella recuerda, anticipa y juzga. Cuando se niega el paso del tiempo, la conciencia se atormenta, atrapada en nostalgias o en ansiedades. Pero al aceptar que todo tiene un

ciclo, que cada instante nace y muere, la conciencia se aligera. El descargo de la conciencia ocurre cuando se reconoce que no se puede retener lo que ya pasó ni apresurar lo que aún no llega. En ese reconocimiento, se encuentra el límite adecuado: vivir el presente con claridad.

El descargo del espíritu, del alma y de la conciencia no es un acto repentino, sino un proceso de integración. Se trata de aceptar el destino sin miedo, de aceptarse a uno mismo sin engaños y de aceptar el tiempo sin resistencia. Cada aceptación es un límite que ordena, que protege, que da forma a la vida. Y en esos límites, lejos de sentirse aprisionado, el ser humano descubre la verdadera libertad: la de ser honesto consigo mismo.

Así, el descargo no es vacío, sino plenitud. Es la ligereza que surge cuando ya no se lucha contra lo inevitable, cuando se deja de cargar con lo que no corresponde. El espíritu se eleva, el alma se reconcilia y la conciencia se aquieta. Y en esa armonía, el ser humano se descubre completo, habitando su destino con dignidad, su identidad con verdad y su tiempo con serenidad.

Capítulo XVII: Mundo e Inmundo

En los confines de la existencia, separados en el universo por un velo invisible, se encontraban dos territorios que parecían espejos deformados uno del otro: Mundo e Inmundo. Ambos eran habitados, ambos estaban llenos de voces, pero sus cimientos eran opuestos, como si la verdad y la mentira hubieran decidido dividirse en dos geografías distintas.

En Mundo vivían mujeres que, al inicio, habían depositado su valía en un solo y pobre lugar. Era un rincón estrecho, casi una celda, donde la medida de su ser dependía de lo que otros decían o de lo que la mentira les había hecho creer. Allí, la ilusión de insuficiencia se repetía como un eco, y muchas caminaban con la mirada baja, convencidas de que no había más horizonte que ese. Era un lugar donde la voz femenina no tenía eco, ya que dentro de las cacofonías donde ellas habitaban se enfrascaban los sonidos confusos en tribulaciones mismas donde la palabra "igualdad" era un sonido vacío, y donde la inviabilidad se erigía como consecuencia lógica de esa traición. Sin embargo, el tránsito por la mentira no era eterno. Quien se atrevía a atravesarla, aunque doliera, descubría que más allá de esa prisión había un espacio vasto, luminoso, donde la valía

se multiplicaba en formas inesperadas: en la ternura, en la fuerza, en la creatividad, en la capacidad de sostener y de transformar. Era un despertar que no llegaba de golpe, sino como un amanecer lento, donde cada rayo de luz revelaba un fragmento nuevo de lo que siempre había estado allí.

En contraste, en Inmundo habitaban hombres que habían puesto su valía en la mentira misma. Allí, la única medida era el poder de uno sobre otro, y la convicción de que solo ellos valían. Porque un mundo que niega el límite a su esencia está condenado a marchitarse, como un árbol que insiste en crecer con la mitad de sus raíces cortadas.

Pero la mentira no se conformaba con dividir. Tras ella venía la manipulación, un arte oscuro que se desplegaba como una red sobre quienes estaban dispuestos a creer. En Inmundo, la manipulación era un arma refinada: se usaba para proyectar sombras sobre las mujeres de Mundo, para enfrentarlas contra un verdadero hombre, aquello que podía protegerlas, mimarlas y, con dulzura, llevarlas a un instante tan pleno que incluso pudiera ser abandonado sin dolor, porque la plenitud no necesita cadenas. La manipulación buscaba quebrar esa posibilidad, sembrando

desconfianza, tergiversando la ternura en debilidad y la dulzura en engaño.

Así, la batalla no era de espadas ni de ejércitos, sino de percepciones. En Mundo, las mujeres dependían de aprender a mirar más allá de la mentira, a reconocerse en su multiplicidad y a descubrir que su valía no dependía de un único lugar, sino de todos los lugares que podían habitar. En Inmundo, los hombres se aferraban a la ilusión de supremacía, sin advertir que esa misma ilusión los condenaba a la inviabilidad, a un territorio que se desmoronaba bajo sus pies.

El puente entre ambos lugares era frágil, hecho de hilos de verdad y de engaño entrelazados. Quien lo cruzaba debía decidir si caminar con los ojos abiertos hacia la plenitud o cerrarlos y dejarse arrastrar por la manipulación. Y en esa decisión se jugaba no solo el destino de Mundo e Inmundo, sino el de toda la existencia que latía entre ambos.

Capítulo XVIII: La Tríada y el Nacimiento de Amundo

Entre los territorios de Mundo e Inmundo había un tejido invisible que los unía, un entramado oscuro donde tres fuerzas convivían como hermanas inseparables: la necedad, la estupidez y la mentira. No eran simples defectos humanos, sino entidades vivas que se alimentaban unas de otras, creciendo en poder cada vez que alguien las aceptaba como verdades. Su cohabitación no era casualidad, sino destino: allí donde se encontraban, la consecuencia lógica era siempre la misma, la extinción. No una extinción inmediata, sino lenta, como un fuego que consume desde dentro hasta dejar solo cenizas.

En Mundo, las mujeres habían aprendido a reconocer la mentira aunque no hubiera mucho que pudieran hacer para soslayarla, siendo que muchas veces la necedad y la estupidez se disfrazaban de certezas, haciéndoles creer que su valía era menor o que su honesta voz interior debía callar. En Inmundo, los hombres abrazaban esas tres fuerzas como si fueran coronas de gloria, convencidos de que su supremacía era incuestionable. Pero lo que no comprendían era que al nutrirse de ellas, estaban cavando su propia tumba: un lugar donde la inviabilidad se volvía

destino, donde la arrogancia se transformaba en ruina.

Sin embargo, de esa interacción oscura surgió algo inesperado: un tercer territorio, un espacio que no pertenecía ni a Mundo ni a Inmundo. Ese lugar fue llamado Amundo. Allí habitaban hombres distintos, que no se dejaban arrastrar por la necedad ni por la estupidez, y que habían aprendido a mirar más allá de la mentira. En Amundo, las mujeres de Mundo eran percibidas de maneras preciosas, no a pesar de sus anomias, sino también a través de ellas. Sus imperfecciones no eran vistas como fallas, sino como matices que las hacían más humanas, más completas, más dignas de admiración.

Los hombres de Amundo no buscaban dominar ni poseer, sino contemplar, acompañar y celebrar. En su mirada, las mujeres de Mundo se descubrían reflejadas con una luz distinta, una que revelaba su grandeza incluso en los rincones más oscuros de su historia. Esa percepción se convirtió en un tesoro, un vínculo que nutría tanto a quienes lo ofrecían como a quienes lo recibían.

Pero en Inmundo, la existencia de Amundo despertó un sentimiento corrosivo: la envidia. Los hombres que habían hecho de la mentira su trono

no podían soportar que otros vieran en las mujeres de Mundo aquello que ellos nunca habían querido reconocer. La dulzura, la fuerza, la ternura y la complejidad femenina eran para ellos un espejo insoportable, porque reflejaba su propia incapacidad de amar sin dominar, de valorar sin poseer. Así, la envidia se convirtió en su condena, un veneno que los consumía mientras intentaban destruir lo que jamás podrían comprender.

La tríada oscura —necedad, estupidez y mentira— seguía tejiendo sus redes entre Mundo e Inmundo, pero Amundo se erigía como un espacio de resistencia, un lugar donde la percepción transformaba la realidad y donde la extinción no era destino, sino advertencia. Allí, la posibilidad de un nuevo comienzo se mantenía viva, sostenida por la mirada que sabía ver lo precioso incluso en medio de las anomias.

Y así, entre la ruina de Inmundo y la lucha de Mundo, Amundo se convirtió en la chispa que recordaba que la extinción no era inevitable, siempre que existiera alguien capaz de mirar con verdad.

Capítulo XIX: Los Unímatas de Amundo

En el vasto entramado de territorios que conformaban la existencia, había un lugar frágil, casi invisible, llamado Amundo. No era tan sólido como Mundo, ni tan ruidoso como Inmundo. Era un espacio intermedio, un respiro entre dos extremos que parecían destinados a enfrentarse sin tregua. Allí habitaban los Unímatas, seres singulares cuya existencia se sostenía en un delicado equilibrio, siempre amenazado por las desavenencias que estallaban entre los habitantes de Mundo e Inmundo.

Los Unímatas no eran como los demás. Su esencia estaba marcada por la búsqueda de unidad en medio de la discordia. Habían nacido de la necesidad de un puente, de la urgencia de un territorio que pudiera contener lo que en los otros dos se desbordaba. En Mundo, las mujeres luchaban por descubrir su valía más allá de la mentira; en Inmundo, los hombres se aferraban a la ilusión de supremacía y a la inviabilidad que esta generaba. Entre ambos, Amundo se sostenía como un hilo tenso, y los Unímatas eran los guardianes de ese hilo.

Sin embargo, su subsistencia era precaria. Cada disputa entre Mundo e Inmundo repercutía en Amundo como un temblor que amenazaba con desgarrar sus cimientos. Cuando en Mundo se alzaban voces de duda o de dolor, los Unímatas sentían el peso de esa incertidumbre. Cuando en Inmundo se multiplicaban la arrogancia y la envidia, los Unímatas eran alcanzados por la sombra de esa hostilidad. Vivían en un territorio que no era suyo por completo, sino un reflejo de las tensiones ajenas.

A pesar de ello, los Unímatas no se rendían. Su fuerza residía en la capacidad de percibir lo que otros no podían: la posibilidad de reconciliación. Veían en las mujeres de Mundo no solo la lucha contra la mentira, sino la semilla de una verdad más amplia. Veían en los hombres de Inmundo, incluso en su necedad, la nostalgia de una grandeza perdida. Y en esa visión, aunque tenue, encontraban la razón para sostener Amundo, aunque fuera con el corazón y las manos heridas por el esfuerzo.

Amundo era, entonces, un territorio de resistencia. No brillaba con la plenitud de un paraíso ni se hundía en la ruina de un infierno. Era un lugar de tránsito, de espera, de posibilidad. Los Unímatas sabían que su existencia dependía de mantener viva la esperanza de que Mundo e Inmundo, algún

día, dejaran de desgarrarse mutuamente. Mientras tanto, subsistían en la precariedad, como faros encendidos en medio de una tormenta interminable.

Y aunque muchos los consideraban frágiles, los Unímatas eran, en realidad, la prueba de que incluso en los márgenes de la discordia podía nacer algo distinto: un espacio donde la unidad no era un hecho consumado, sino una tarea constante, un acto de fe que se renovaba cada día frente al caos de los otros dos territorios.

Capítulo XX: El Empobrecimiento de los Territorios

En los días en que el dios Poder extendía su sombra sobre los tres territorios, surgió la figura de Vladimir, su asesor más astuto y temido. Blandía armas y diezamba ejércitos, pero su dominio más cruel era sobre las mentes y los deseos siendo más devastador que cualquier guerra. Fue él quien trazó el plan que quebró la unión entre Amundo y Mundo, y quien sembró la semilla de la humillación que alimentó a Inmundo.

Vladimir comprendió que la riqueza de un pueblo no se medía solo en oro o cosechas, sino en la fuerza de sus vínculos, en la confianza que los unía y en la intimidad que resguardaban como tesoro. Por ello, su estrategia comenzó con el empobrecimiento. A los hombres de Amundo les arrebató sus recursos, debilitando sus oficios y erosionando sus comunidades, hasta que la necesidad los volvió dependientes de las migajas que él mismo administraba. Con ello, los separó de las mujeres de Mundo, pues la miseria sembró desconfianza y resentimiento, y lo que antes era unión se transformó en distancia.

A las mujeres de Mundo también las empobreció, pero de un modo más cruel. No les quitó solo lo material, sino lo invisible: su privacidad y su intimidad. Lo que antes era refugio secreto se convirtió en un escenario forzado. Sus gestos, sus palabras y hasta sus silencios fueron arrancados de su resguardo y expuestos como espectáculo. El poder que ellas mismas habían cultivado en la reserva de lo íntimo fue torcido en su contra, transformado en cadenas que las obligaban a mostrarse sin resguardo. Así, lo que era fuerza se convirtió en vulnerabilidad, y lo que era dignidad se transformó en humillación pública.

Mientras tanto, en el territorio de Inmundo, los habitantes celebraban la obra de Vladimir. Allí,

donde la corrupción era virtud y el deseo prohibido se convertía en norma, se regocijaban interceptando las comunicaciones entre Amundo y Mundo. Cada carta, cada suspiro, cada intento de acercamiento era intervenido, distorsionado y consumido como alimento para sus placeres insanos. Pero no se conformaban con el goce: usaban esas revelaciones como armas de presión y opresión. Con ellas humillaban a las mujeres de Mundo, reduciéndolas a objetos de burla y control, mientras segregaban aún más a los hombres de Amundo, debilitando cualquier intento de resistencia.

Vladimir observaba desde lo alto, satisfecho. Había logrado que los hombres de Amundo se sintieran impotentes y aislados, que las mujeres de Mundo fueran despojadas de su santuario interior, y que los habitantes de Inmundo se alimentaran de la degradación de ambos. El ciclo estaba completo: empobrecimiento, exposición, humillación y segregación. Todo bajo la mirada complacida del dios Poder, que veía en la división de los pueblos la garantía de su dominio eterno.

Sin embargo, en los rincones más oscuros de Mundo y en los silencios más hondos de Amundo, aún quedaban semillas de resistencia. Voces que recordaban que la intimidad podía renacer, que la unión podía reconstruirse y que ningún poder, por

vasto que fuera, podía sofocar para siempre la dignidad de lo humano.

Capítulo XXI: La Alianza de la Sombra

En los tiempos posteriores a la Gran Segregación, cuando los territorios ya no compartían lazos de confianza y cada uno se hundía en sus propias heridas, surgió una alianza inesperada y oscura. Fue entre las mujeres de Mundo y los hombres de Inmundo, un vínculo tejido no por amor ni por necesidad, sino por un desprecio compartido hacia los hombres de Amundo.

Las mujeres de Mundo, despojadas de su intimidad y convertidas en espectáculo, habían aprendido a sobrevivir en un escenario de humillación constante. En su interior, la herida de la exposición se mezclaba con un resentimiento profundo hacia aquellos que parecían vivir libres de tales cadenas. Los hombres de Amundo, a pesar de su empobrecimiento, conservaban algo que ni la manipulación de Vladimir ni la intervención de Inmundo ni la alianza con las mujeres de Mundo habían podido arrebatárles: la claridad mental y el desapego. Esa serenidad, esa capacidad de vivir en tranquilidad sin depender de la mirada ajena, se

convirtió en un espejo insoportable para quienes habían perdido el resguardo de lo íntimo.

Los hombres de Inmundo, por su parte, hallaron en ese resentimiento un terreno fértil. Acostumbrados a regocijarse en la corrupción y en el control de lo prohibido, vieron en las mujeres de Mundo aliadas útiles para prolongar su dominio. Les ofrecieron un espacio donde su dolor podía transformarse en arma, donde el desprecio hacia los hombres de Amundo podía compartirse y amplificarse como un ariete. Así nació una relación perversa, cimentada en la envidia y en la necesidad de destruir aquello que no podían poseer.

En los encuentros secretos entre Mundo e Inmundo, se tejían pactos de burla y humillación. Las mujeres, heridas en su dignidad, encontraban en los hombres de Inmundo un eco de su resentimiento. Ellos, expertos en manipular y degradar, alimentaban esa rabia, convirtiéndola en un lazo que los unía. Juntos compartían relatos distorsionados, fabricaban imágenes y palabras que ridiculizaban a los hombres de Amundo, y celebraban cada intento de quebrar la serenidad que tanto envidiaban en un intento fútil por convalidarse.

El origen de este desprecio no era la fuerza ni la riqueza, sino la claridad mental de los hombres de Amundo. Su capacidad de desapego, de vivir sin depender de la aprobación ni del espectáculo, era un tesoro invisible que los otros no podían alcanzar. Esa tranquilidad, que parecía tan simple, se convirtió en el objeto de la envidia más corrosiva. Ni las mujeres de Mundo ni los hombres de Inmundo podían soportar la existencia de un pueblo que, aun empobrecido, conservaba la paz interior que ellos habían perdido.

Así, la alianza entre Mundo e Inmundo se consolidó como un pacto de sombras. No buscaba construir, sino destruir; no pretendía sanar, sino prolongar la herida. Era una unión que se alimentaba del desprecio y que encontraba su fuerza en la humillación del otro. Y mientras tanto, los hombres de Amundo, ajenos a las intrigas, continuaban viviendo en la serenidad que tanto irritaba a sus enemigos, sin saber que esa misma paz era la chispa que encendía la envidia y el odio en los corazones de quienes los observaban desde la distancia.

De este modo, el ciclo de perversión se cerraba: Mundo e Inmundo unidos en su resentimiento, Amundo aislado en su claridad, y Vladimir, desde lo alto, contemplando cómo la división que había

sembrado se profundizaba en alianzas que perpetuaban la fractura de los tres territorios.

Capítulo XXII: La Estrategia de la Traición

Vladimir, asesor del dios Poder, había comprendido desde el inicio que la fuerza de los hombres de Amundo no residía únicamente en sus brazos ni en sus armas, sino en la claridad de su mente y en la serenidad de su espíritu. Aunque empobrecidos por las artimañas de los sapos y por las cadenas invisibles que él mismo había tejido, aún conservaban la posibilidad de levantarse y reclamar lo que les había sido arrebatado. Esa posibilidad, aunque lejana, era la amenaza más grande para su dominio.

Por ello, su estrategia fue más sutil que la simple opresión. No bastaba con despojarlos de recursos; debía quebrar cualquier intento de unión, cualquier chispa de rebelión. Y para lograrlo, decidió usar a las mujeres de Mundo como carne de cañón en contra de los hombres de Amundo.

Las mujeres de Mundo, ya debilitadas por la pérdida de su intimidad y convertidas en

espectáculo, fueron convencidas de que su papel era indispensable en la perpetuación del orden impuesto. Vladimir les hizo creer que eran aliadas, que su cercanía al poder les otorgaba un lugar privilegiado en la nueva estructura de los territorios. Les prometió reconocimiento, influencia y un resguardo frente a la humillación que habían sufrido. Pero en realidad, todo era un engaño calculado.

Cuando los hombres de Amundo intentaban organizarse, cuando buscaban recuperar la fuerza que les había sido arrebatada, Vladimir lanzaba a las mujeres de Mundo en su contra. No con armas, sino con discursos, con acusaciones, con la manipulación de su resentimiento. Las convirtió en un muro humano, en un obstáculo que desviaba la furia de los hombres de Amundo hacia ellas mismas, debilitando así cualquier intento de rebelión en contra de Vladimir y su régimen totalitario.

Fue una traición doble. Por un lado, traicionó a los hombres de Amundo, pues les arrebató la oportunidad de enfrentarse directamente al poder que los oprimía. Por otro, traicionó a las mujeres de Mundo, a quienes había hecho creer que eran sus aliadas, cuando en realidad las redujo en su valía, utilizándolas como piezas desechables en su tablero de control. Aprovechó su ingenuidad, su

necesidad de reconocimiento y su vulnerabilidad, transformándolas en instrumentos de su propia opresión.

Los sapos, cómplices silenciosos de Vladimir, celebraban la estrategia. Ellos, que habían contribuido al empobrecimiento de Amundo, veían en la división entre hombres y mujeres la garantía de que ningún levantamiento podría prosperar. Mientras los hombres de Amundo se desgastaban enfrentando a quienes no eran sus verdaderos enemigos, el poder de Vladimir y de los sapos se consolidaba sin resistencia.

Así, la alianza entre Vladimir y las mujeres de Mundo se reveló como una farsa. No era un pacto de igualdad ni de respeto, sino una manipulación cruel que las reducía a instrumentos de guerra psicológica. Su aparente cercanía al poder no era más que una ilusión, un espejismo que ocultaba la realidad de su degradación.

En los silencios de Amundo, sin embargo, algunos hombres comprendieron la magnitud de la traición. Vieron que la verdadera batalla no estaba en enfrentarse a las mujeres de Mundo, sino en desenmascarar la estrategia de Vladimir y en recuperar la claridad que siempre había sido su mayor fortaleza. Porque mientras el asesor del dios

Poder se regocijaba en su engaño, la semilla de la resistencia seguía viva, esperando el momento de florecer más allá de la manipulación y de la traición.

Capítulo XXIII: Los Límites del Dios Poder

El dios Poder, que durante eras enteras se creyó invencible, estaba en realidad condenado desde su origen. El poder por el poder mismo en su esencia no era grandeza ni sabiduría, sino una amalgama de cobardía, estupidez y traición. Y todo aquello que nace de la debilidad está destinado a caer, pues el poder, sin límites, se consume a sí mismo como un fuego que devora su propio combustible.

La cobardía fue siempre su raíz. El dios Poder no se sostenía en la valentía de enfrentar lo verdadero, sino en el miedo a perder lo que nunca le perteneció. Su fuerza era un disfraz, un muro levantado para ocultar su fragilidad. Pero la cobardía, por más que se disfrace de dominio, encuentra siempre su límite en la valentía. Allí donde un hombre o una mujer se atreve a mirar de frente al opresor, el poder se tambalea. Allí donde alguien se levanta sin miedo, el dios Poder se revela como lo que es: un tirano temeroso de su propia caída.

La estupidez fue su sostén. El dios Poder se alimentaba de la ignorancia, de la repetición ciega de órdenes, de la incapacidad de cuestionar. Su reinado se extendía en la medida en que los pueblos olvidaban pensar, en que aceptaban como verdad lo que era mentira. Pero la estupidez, por vasta que parezca, encuentra siempre su límite en la inteligencia. Una sola chispa de lucidez basta para iluminar la oscuridad más densa. Una sola mente despierta puede desarmar las cadenas que mil manos habían aceptado como inevitables.

La traición fue su arma. El dios Poder nunca construyó nada duradero, pues todo lo que levantaba lo hacía sobre la base de la deslealtad. Promesas rotas, alianzas falsas, pactos que se quebraban en cuanto dejaban de servirle. Pero la traición, por más que se repita, encuentra siempre su límite en la nobleza. Allí donde alguien actúa con honor, donde la palabra se cumple y la lealtad se mantiene incluso en la adversidad, el poder se desmorona. Porque la nobleza no necesita imponerse: basta con existir para mostrar la miseria de la traición.

Así, el dios Poder estaba condenado al fracaso. No por la fuerza de un enemigo externo, sino por la naturaleza de su propia esencia. La cobardía, la estupidez y la traición no podían sostener un reino

eterno, pues cada una llevaba en sí misma el germen de su destrucción. La valentía, la inteligencia y la nobleza eran los límites que lo cercaban, los muros invisibles que lo contenían y que, tarde o temprano, lo harían caer.

Los pueblos, aunque divididos y heridos, comenzaban a comprender esta verdad. No era necesario enfrentarse al dios Poder con sus mismas armas, pues eso solo prolongaría su reinado. Bastaba con cultivar la valentía frente a la cobardía, la inteligencia frente a la estupidez y la nobleza frente a la traición. En esos límites estaba la verdadera fuerza, la que ningún dios podía arrebatar.

Y así, en los susurros de Amundo, en los silencios de Mundo y hasta en las grietas de Inmundo, comenzó a crecer la certeza de que el poder, por vasto que pareciera, no era eterno. Porque todo lo que se funda en la cobardía, la estupidez y la traición está destinado a quebrarse ante la valentía, la inteligencia y la nobleza de lo humano.

Capítulo XXIV: La Encarnación de Roknarok

En los días en que el dios Poder extendía su sombra sobre los tres territorios y Vladimir, su asesor, tejía intrigas para mantener divididos a los pueblos, surgió un resplandor inesperado. No provenía de ejércitos ni de armas, sino de la mirada atenta de un escriba: Roknarok, el más noble y honrado del reino. Su pluma había sido siempre su espada, y su palabra, un refugio para quienes aún creían en la dignidad.

El dios Valentía, que hasta entonces había permanecido como fuerza latente en los corazones de los justos, vio en Roknarok la oportunidad de encarnarse. No buscaba un guerrero de músculos ni un caudillo de gritos, sino un hombre cuya nobleza y honor fueran capaces de sostener la rebelión que la fuerza bruta no podía lograr. En él encontró el recipiente perfecto: un espíritu incorruptible, un corazón que no se doblegaba ante la mentira y una mente que no se dejaba arrastrar por la envidia ni el resentimiento.

Cuando la esencia del dios Valentía descendió sobre Roknarok, los hombres de Amundo sintieron un cambio. Allí donde antes había resignación,

comenzó a brotar esperanza. Allí donde la miseria había sembrado silencio, surgieron palabras de resistencia. Roknarok no hablaba con la voz de un tirano ni con la arrogancia de un conquistador; hablaba con la claridad de quien sabe que la verdad no necesita adornos.

Su desafío era inmenso. No solo debía enfrentarse a Vladimir y al dios Poder, que habían perfeccionado el arte de la manipulación y la traición, sino también a las mujeres de Mundo, utilizadas como instrumentos de división y convertidas en adversarias por las intrigas del enemigo. Roknarok comprendió que la rebelión no podía nacer del odio hacia ellas, sino de la firmeza frente a la manipulación que las había reducido. Su lucha no era contra su esencia, sino contra el papel que les había sido impuesto.

Los Unímatas, guerreros de fuerza descomunal, habían intentado en vano quebrar el dominio de Vladimir. Su poder físico, aunque temible, se estrellaba contra las redes invisibles de engaño y humillación que sostenían al dios Poder. Fue entonces cuando comprendieron que la fuerza sola no bastaba. Necesitaban un líder que encarnara algo más profundo: la valentía de resistir sin odio, la nobleza de guiar sin traicionar, la inteligencia de ver más allá de las trampas del enemigo.

Roknarok se erigió como ese líder. No blandía espadas, pero sus palabras eran más filosas que el acero. No levantaba muros, pero su ejemplo era un refugio más sólido que cualquier fortaleza. Bajo su guía, los hombres de Amundo comenzaron a reconocerse no como víctimas, sino como herederos de una claridad que ni la pobreza ni la humillación podían arrebatárles.

El dios Valentía, encarnado en él, no prometía victorias fáciles ni caminos sin dolor. Prometía, en cambio, la certeza de que la cobardía, la estupidez y la traición del dios Poder encontrarían su límite en la valentía, la inteligencia y la nobleza de los hombres que se atrevieran a levantarse.

Así nació la rebelión que los Unímatas no pudieron llevar a cabo por la fuerza. Una rebelión que no se sostenía en la violencia, sino en la dignidad. Una rebelión que no buscaba destruir, sino liberar. Y en el centro de ella, Roknarok, escriba convertido en líder, hombre convertido en símbolo, portador de la llama del dios Valentía que habría de iluminar el camino hacia la caída del poder corrupto.

Capítulo XXV: El Escriba y la Máquina del Estado

Roknarok había nacido en un tiempo donde la palabra escrita era más que un registro: era un testimonio de lo que debía permanecer. Su oficio de escriba lo convirtió en el guardián de genealogías, decretos y memorias, pero también en el espejo de un principio que parecía inmutable: la familia como cimiento del Estado, y el Estado como armazón del sistema. En sus pergaminos, cada línea era un hilo que unía lo íntimo con lo colectivo, lo doméstico con lo político.

Durante años, su labor fue vista como un ejercicio de fidelidad a la tradición. Sin embargo, la historia no se detiene en la quietud de los archivos. Tras la devastación de la Segunda Guerra Mundial, cuando las ruinas aún humeaban y las naciones buscaban un nuevo orden, apareció Vladimir, un hombre que encarnaba la voluntad de hierro de un Estado totalitario. Para él, Roknarok no era un simple escriba: era la prueba viviente de que la palabra podía ser moldeada como arma, de que la memoria podía ser reescrita para justificar lo inhumano.

Vladimir comprendió que la fuerza de un régimen no residía únicamente en sus ejércitos ni en sus cárceles, sino en la capacidad de imponer un relato. Y en ese relato, Roknarok se convirtió en pieza central. El escriba, con su prestigio de neutralidad y su aura de sabiduría, fue presentado como el garante de una verdad incuestionable: que la familia debía someterse al Estado, y que el Estado, en su brutalidad, era el único garante de la supervivencia.

Así, los textos de Roknarok fueron reinterpretados. Lo que alguna vez había sido un canto a la permanencia de lo humano se transformó en argumento para la obediencia ciega. Las genealogías se convirtieron en pruebas de lealtad, los decretos en cadenas, las memorias en justificación de la represión. El escriba, sin proponérselo, fue elevado a símbolo de aquello que perdura y de aquello que fracasa: lo adecuado era lo que servía al Estado; lo inadecuado, lo que lo desafiaba.

En los tiempos de tribulación, cuando el hambre y el miedo dominaban, la figura de Roknarok fue usada como espejo de la inevitabilidad. “Así como el escriba conserva lo que resiste al tiempo —decía Vladimir—, así el Estado conserva lo que se somete a su orden.” La brutalidad de lo inhumano se disfrazaba de continuidad histórica, y la voz del

escriba, arrancada de su contexto, se volvía sentencia.

Pero en lo profundo de sus manuscritos, entre líneas que escapaban a la censura, Roknarok dejó señales. Pequeñas grietas en el discurso oficial, palabras que parecían inocuas pero que contenían la semilla de la duda. Porque aunque el Estado podía apropiarse de su figura, no podía borrar del todo la esencia de su oficio: la escritura como resistencia silenciosa, como testimonio de que lo humano, aunque oprimido, nunca desaparece del todo.

Así, Roknarok se convirtió en paradoja: prueba de la fuerza del Estado totalitario y, al mismo tiempo, de la fragilidad de su dominio. Pues si bien su nombre fue usado para justificar la brutalidad, sus palabras, en su ambigüedad, guardaban la promesa de que lo inadecuado —lo que no se somete, lo que no encaja— es también lo que mantiene viva la posibilidad de un futuro distinto.

En la penumbra de los archivos, entre decretos y genealogías, el escriba seguía escribiendo. Y cada trazo suyo era un recordatorio de que incluso en los tiempos más oscuros, la memoria no pertenece del todo al poder, sino a quienes saben leer entre las sombras.

Capítulo XXVI: La Pluma contra las Mil Caras de la Violencia

En el salón de mármol del reino, donde las columnas parecían sostener no solo el techo sino también el peso de la historia, se alzó el debate que marcaría el destino de generaciones. Allí estaba Roknarok, el escriba, con su pluma en la mano como si fuese espada, consciente de que no le quedaba más remedio que blandirla contra el adversario más escurridizo: Vladimir, el asesor del dios Poder.

Vladimir no se presentaba nunca con un solo rostro. Su habilidad consistía en multiplicarse en mil máscaras, cada una con un argumento distinto, cada una con un matiz de engaño. A veces aparecía como el sabio que invocaba la tradición, otras como el pragmático que exigía obediencia, y en ocasiones como el visionario que prometía un futuro de grandeza. Pero detrás de todas esas formas no había más que la sombra del mismo dios al que servía: Poder, insaciable y absoluto.

Los esbirros de Vladimir, apostados en las esquinas del salón, repetían sus palabras como ecos, intentando darles fuerza. Cada réplica era un intento de sofocar la voz del escriba, de arrebatárle

un punto en el debate. Sin embargo, la pluma de Roknarok trazaba en el aire líneas invisibles que desarmaban cada falacia. No necesitaba gritar ni imponerse con violencia: bastaba con la claridad de la verdad, esa verdad que no se doblega ante disfraces ni artificios.

Roknarok no era solo un escriba. En aquel instante, se revelaba como encarnación del dios Valentía. Su fuerza no provenía de la imposición, sino de la certeza de que lo verdadero resiste al tiempo, mientras lo falso se desmorona bajo su propio peso. Cada palabra que pronunciaba era un golpe certero, cada argumento un filo que cortaba las máscaras de Vladimir hasta dejarlas caer una tras otra.

El escriba se sustentaba en lo más elemental: el reduccionismo hacia lo básico del naturalismo. Allí donde Vladimir levantaba castillos de humo, Roknarok respondía con la solidez de lo simple, con la permanencia de lo que no necesita adornos. “El río fluye porque existe la fuente, la semilla germina porque existe la tierra, y el hombre permanece porque existe la verdad”, decía, y con ello desarmaba las marañas de retórica que su adversario desplegaba.

Vladimir, oculto tras sus esbirros, intentaba en vano sostener el debate. Cada máscara que caía lo dejaba más expuesto, más vulnerable. El dios Poder, al que servía, parecía rugir en silencio, incapaz de aceptar que la valentía de un solo escriba pudiera desafiar su dominio. Pero Roknarok no luchaba por gloria ni por ambición: luchaba porque no había otra opción, porque la pluma en su mano era la única defensa contra la brutalidad de la mentira.

El salón entero se convirtió en testigo de aquella contienda. Los ecos de los esbirros se apagaron, las máscaras de Vladimir se desmoronaron, y en el centro quedó la figura del escriba, firme, con la pluma aún en alto. No había vencido por fuerza, sino por permanencia. Había demostrado que la verdad, sostenida en lo más básico de la naturaleza, es más duradera que cualquier artificio del poder.

Y así, en aquel capítulo de la historia, Roknarok quedó inscrito no solo como escriba del reino, sino como símbolo de que la valentía, cuando se apoya en la verdad, puede derrotar incluso a las mil caras del engaño.

Capítulo XXVII: El Opuesto de la Ignorancia

La tradición ha enseñado que la ignorancia se combate con sabiduría, como si fueran polos opuestos de un mismo eje. Sin embargo, esta visión resulta incompleta. La sabiduría, entendida como la capacidad de resolver problemas, de actuar con prudencia y de encontrar soluciones prácticas, no necesariamente ilumina la totalidad de la existencia. Puede liberar de cargas inmediatas, puede aligerar el tránsito por la vida, pero no siempre conduce a la comprensión profunda del mundo ni a la reflexión sobre el sentido de habitarlo.

El verdadero opuesto de la ignorancia no es la sabiduría, sino la literacia de mente, alma y espíritu. La literacia no se limita a la habilidad de leer y escribir, sino que se expande hacia la capacidad de interpretar, de dialogar con las ideas, de reconocer la complejidad de lo humano y lo trascendente. Es un ejercicio de apertura, de sensibilidad y de pensamiento crítico que permite no solo conocer, sino también comprender.

La literacia de la mente se manifiesta en la capacidad de discernir, de analizar y de cuestionar. No se conforma con respuestas inmediatas, sino que busca las raíces de los fenómenos, los

contextos que los sostienen y las consecuencias que proyectan. La literacía del alma, en cambio, se expresa en la empatía, en la capacidad de sentir con los otros, de reconocer la vulnerabilidad compartida y de encontrar en la emoción un lenguaje universal. Finalmente, la literacía del espíritu se revela en la apertura a lo trascendente, en la disposición a contemplar lo que excede lo tangible, en la búsqueda de sentido más allá de lo utilitario que puede resultar el poder.

De esta manera, mientras la sabiduría ofrece herramientas para liberarse de los lastres cotidianos —el peso de las preocupaciones, la rigidez de los conflictos, la dureza de las circunstancias—, la literacía abre la puerta al entendimiento y a la reflexión. La primera aligera el paso; la segunda ilumina el camino. La sabiduría permite sobrevivir con ligereza entre el pragmatismo y el cinismo, pero la literacía permite vivir con profundidad, reconociendo la riqueza de lo que se habita y lo que se comparte.

Ignorancia y literacía, entonces, son los verdaderos contrarios. La ignorancia oscurece, reduce, simplifica en exceso; la literacía expande, complejiza, invita a la contemplación. La sabiduría, en este esquema, no es el opuesto de la ignorancia, sino su aliada circunstancial: un recurso para navegar la vida, pero no necesariamente para comprenderla.

El desafío de la existencia no es solo aprender a resolver, sino también aprender a interpretar. No basta con ser sabio en la resolución de contrariedades; es necesario ser letrado en la mente, el alma y el espíritu para entender el mundo en el que se habita. Allí donde la sabiduría libera, la literacia transforma. Allí donde la sabiduría aligera, la literacia ilumina.

El opuesto de la ignorancia, por tanto, no es la sabiduría, sino la literacia que conduce al entendimiento y a la reflexión. Y en esa conjunción, la vida se revela no solo como un tránsito ligero, sino como un viaje consciente.

Capítulo XXVIII: La Sabiduría y la Sombra

En Mundo, las mujeres nacen con un don que no se aprende ni se hereda: la sabiduría de lo cotidiano. No se trata de un conocimiento escrito en libros ni de fórmulas transmitidas en academias, sino de una intuición profunda que les permite resolver lo inmediato con una claridad extraordinaria. Allí donde otros se enredan en dudas, ellas encuentran la salida; donde la vida parece un laberinto, ellas trazan un sendero recto.

Esta sabiduría natural se manifiesta en los gestos más simples: en la manera de ordenar el caos de un hogar, en la capacidad de leer los silencios de los demás, en la fuerza de sostener lo frágil sin quebrarlo. Es un saber que no se ostenta, sino que se ejerce, y que convierte lo ordinario en un acto de creación.

Sin embargo, en Mundo existe una advertencia antigua: la sabiduría natural, si no se cultiva con literacia, puede volverse un arma de doble filo. La literacia no es solo el arte de leer y escribir, sino la disciplina de comprender, de nombrar con justicia, de dar forma a lo que se piensa y se siente. Cuando la mujer de Mundo descuida este cultivo, su sabiduría se vuelve instinto ciego, y en lugar de proteger la inocencia y la buena voluntad del otro, las aniquila sin darse cuenta.

El odio, en Mundo, no nace de la ignorancia ni de la violencia primera, sino de un amor torcido por la envidia. La mujer que ama y desea, si no ha aprendido a reconocer los límites de lo que le corresponde, comienza a codiciar lo que pertenece al otro. No lo hace por maldad, sino por la ilusión de que arrebatando lo ajeno podrá completarse a sí misma o colmar a quienes ama. Pero en ese gesto, el amor se corrompe y se convierte en raíz de resentimiento.

Así, el odio surge como una sombra del amor: cuando el deseo de dar se transforma en deseo de

poseer, cuando la generosidad se disfraza de apropiación. La mujer de Mundo, que por naturaleza es sabia, se enfrenta entonces a su mayor desafío: aprender a cultivar la literacia que ordena su sabiduría, que la vuelve consciente de sus dones y de sus límites, que le enseña a amar sin devorar, a desear sin destruir.

En las historias de Mundo se repite una enseñanza: la mujer que cultiva su literacia no solo preserva la inocencia del otro, sino que multiplica la suya propia. Su sabiduría se vuelve entonces luminosa, capaz de transformar la envidia en gratitud y el deseo en creación. Pero aquella que descuida este cultivo, aunque resuelva con maestría la vida cotidiana, corre el riesgo de sembrar en su entorno la semilla del odio disfrazado de amor.

El destino de Mundo depende de este equilibrio: la sabiduría natural de sus mujeres y la literacia que la guía. Allí donde ambas se encuentran, florece la armonía; donde se separan, germina la sombra de la envidia y la muerte por codicia.

Capítulo XXIX: La Sagacidad de Inmundo y la Previsión de Roknarok

En Inmundo, los hombres eran sagaces por naturaleza. Su inteligencia no se desplegaba en la creación ni en la contemplación, sino en el arte de manipular. Desde su nacimiento aprendían a abreviar de la mentira como si fuera un manantial inagotable, y en esa práctica encontraban su fuerza y su condena. La sagacidad de los inmundos no buscaba la verdad, sino la ventaja inmediata, el dominio sobre el otro, la imposición de un relato que les asegurara poder.

Frente a ellos se alzaba Roknarok, cuya virtud no era la sagacidad, sino la previsión. Mientras los inmundos se enredaban en sus propias trampas, Roknarok observaba con paciencia, convalidando la realidad con la verdad. Esa pertinencia lo hacía distinto, y en esa diferencia residía su ventaja. Ante la traición recurrente de los inmundos, su avance era imponente, tan inevitable como el destino mismo.

Pero para sostener ese camino, Roknarok debía ser valiente. La valentía no era un adorno, sino una necesidad, pues los inmundos no actuaban solos. Operaban bajo las órdenes de Vladimir, asesor del dios poder, quien los destacaba en posiciones clave dentro del terreno de los medios de

comunicación. Allí, en ese espacio donde la palabra se volvía arma y la imagen se transformaba en dogma, los inmundos desplegaban su mayor astucia: pasar por ausentes o por inocentes.

Los medios de comunicación en Inmundo eran abundantes en contradicciones. Cada mensaje estaba tejido con hilos de artificio, diseñado para confundir más que para esclarecer. Las artimañas se disfrazaban de información, y las narrativas se repetían hasta permear culturalmente, imponiendo una visión unívoca que, sin embargo, nacía de una contradicción de origen. Esa contradicción no debilitaba el discurso, sino que lo volvía más cínico, más corrosivo, hasta exacerbar el cinismo al grado de la esquizofrenia.

Las repeticiones constantes, las cerrazones disfrazadas de certezas, convertían a los medios en un eco oligofrénico, incapaz de sostener coherencia, pero eficaz en sembrar confusión. La mentira que no mancha, tizna. Era en ese terreno hostil donde Roknarok debía avanzar, con la verdad como única arma y la previsión como escudo.

El enfrentamiento no era solo contra los hombres de Inmundo, sino contra la maquinaria cultural que Vladimir había erigido para servir al dios Poder. Roknarok comprendía que cada paso suyo debía ser medido, cada palabra debía ser pertinente,

cada acto debía convalidar la realidad con la verdad. Solo así su destino podía imponerse sobre la maraña de mentiras que los inmundos junto a las Marías tejían con maestría.

En esa lucha, la diferencia entre sagacidad y previsión se volvía decisiva. La sagacidad de los inmundos era lenta, firme, y por ello implacable; la previsión de Roknarok era rápida, astuta, pero efímera. Allí donde la mentira se agotaba en su propio exceso, la verdad encontraba terreno fértil para crecer. Y en ese contraste se jugaba no solo el destino de Roknarok, sino el de todo aquello que aún aspiraba a no ser devorado por la sombra del dios Poder.

Capítulo XXX: La Derrota de los Medios Oligofrénicos

Los medios de comunicación en Inmundo, aquellos que representaban la cara visible del poder de Vladimir, asesor del dios Poder, se erigieron como la maquinaria más sofisticada de control. Eran la voz del estado totalitario, el eco de sus designios, la máscara que pretendía cubrir con discursos la crudeza de la dominación. Sin embargo, en su propio exceso, en la desmesura de sus artificios, terminaron derrotándose a sí mismos.

Presentaron mentiras completas como verdades generalizadas, repitiéndolas con tal insistencia que parecían inamovibles. Pero la mentira, cuando se impone como totalidad, se vuelve frágil: basta un resquicio de realidad para que toda la estructura se tambalee. Así ocurrió en Inmundo, donde la saturación de falsedades terminó por evidenciar la falsedad misma.

Las verdades a medias fueron utilizadas como diatribas desde la cobardía, disfrazadas de empatía y ternura grupal. Se construyeron discursos que simulaban compasión, pero que en realidad eran mecanismos de control emocional. La máscara de la ternura ocultaba la intención de someter, y en esa contradicción se revelaba la cobardía de quienes no podían sostener la verdad sin artificios.

La perversión sin límites fue presentada como consenso global. Lo que en otro tiempo habría sido considerado degradación, se impuso como norma, como acuerdo universal. La perversión se convirtió en bandera de modernidad, y quienes se resistían eran señalados como enemigos del progreso. Pero en esa imposición se gestaba la ruina, pues el consenso forzado no es más que tiranía disfrazada de acuerdo.

En las vanidades, los medios encontraron un terreno fértil para reducir en vez de enaltecer. Se presentaron como valía unívoca, como medida

absoluta de reconocimiento social. La presión grupal se convirtió en juez implacable, y lo que debía elevar al individuo lo redujo a una caricatura de sí mismo. La vanidad, en lugar de ser celebración, se transformó en cadena.

La agresiva oligofrenia visceral de los medios se desplegaba en cada mensaje, en cada repetición mecánica de consignas. Era un ruido constante, una saturación que no buscaba convencer, sino desgastar. A ello se sumaba el hermafroditismo imbeciloide del contrasentido inducido: discursos que se contradecían a sí mismos, que proclamaban una cosa y su opuesto, que confundían hasta el límite de la esquizofrenia colectiva.

Todo esto estaba al servicio del estado totalitario impuesto por Vladimir, el asesor del dios Poder. Él comprendía que el dominio no se sostenía solo con la fuerza, sino con la manipulación de la percepción. Los medios eran su ejército invisible, su red de control cultural, su herramienta para moldear conciencias.

Pero en su exceso, en su arrogancia, los medios oligofrénicos se derrotaron a sí mismos. La mentira total reveló su vacío, la verdad a medias mostró su cobardía, la perversión disfrazada de consenso exhibió su tiranía, y la vanidad impuesta como valía dejó al descubierto su miseria. La agresividad

visceral y el contrasentido inducido no lograron sostener la ilusión de coherencia.

Así, lo que debía ser la fortaleza del poder de Vladimir se convirtió en su grieta más evidente. Los medios, que pretendían ser la cara visible de su dominio, terminaron siendo el espejo de su decadencia. Y en ese espejo, el pueblo de Inmundo comenzó a vislumbrar la posibilidad de un despertar.

Capítulo XXXI: El Renacer de los Unímatas

Los Unímatas surgieron en el momento en que la historia parecía condenada a repetirse en un ciclo de brutalidad y sometimiento. No eran un pueblo ni una casta, sino una fuerza colectiva que se reconocía en la energía primigenia, aquella que brotaba de la impresión del destino. De esa fuente inagotable emanaba la potencia necesaria para enfrentar lo que parecía inconmovible: el estado totalitario erigido bajo la sombra del dios Poder.

La acción de los Unímatas no fue de destrucción, sino de castración simbólica. No derribaron al estado con violencia, sino que lo despojaron de su capacidad de perpetuar la opresión. Lo castraron en su esencia, en su pretensión de ser absoluto, y

lo obligaron a transformarse en un sistema decorado por la nobleza de quienes, al reconocerse parte de la estructura, le otorgaban un nuevo sentido. El futuro ya no era un horizonte impuesto, sino una construcción compartida.

La permanencia de este nuevo orden se sostuvo en un acto lógico: el pago que el dios Poder, a través del estado totalitario, realizó a la familia. No fue un tributo de sumisión, sino un reconocimiento de que la supervivencia no podía sostenerse en la soledad del individuo ni en la abstracción del poder, sino en la célula viva de la familia, que es la base del estado. Allí, en ese núcleo, se hallaba el sustento que garantizaba la continuidad de la vida.

El estado, ahora asociado al renacer, dejó de ser un verdugo para convertirse en garante. La familia, protegida y fortalecida, encontró en él no un enemigo, sino un aliado. Y en esa alianza se gestó un renacer diferente: la alegría cotidiana, el regalo de cada día vivido bajo el sol, la certeza de que la existencia no era un castigo, sino una celebración.

Este renacer no fue indiferente a las realidades compartidas. Los Unímatas comprendieron que la nobleza del ser no podía limitarse a la familia aislada ni al estado reformado, sino que debía convocar a la totalidad. El estado renacido con el liderazgo de Vladimir, la familia protegida y el sistema evocado se entrelazaron en una red que

abarcaba a todas las personas que habían sobrevivido a la brutalidad de sus tiempos.

La memoria de la violencia no se borró, pero se transformó en cimiento. La brutalidad pasada se convirtió en advertencia, en recordatorio de lo que no debía repetirse. Y sobre ese suelo áspero, los Unímatas levantaron una estructura nueva, decorada no con símbolos de poder, sino con la nobleza de quienes habían aprendido a ser parte de un todo.

Así, el futuro dejó de ser una imposición del dios Poder y se convirtió en una construcción compartida entre estado, familia y sistema. La energía primigenia, canalizada por los Unímatas, no solo castró al estado de su tiranía, sino que lo redimió en su función. Y en ese equilibrio, la humanidad de Inmundo encontró la posibilidad de un destino distinto: un renacer luminoso, sostenido en la alegría de lo cotidiano y en la certeza de que sobrevivir había sido el primer paso para aprender a vivir.

Capítulo XXXII: El Discernimiento de las Relaciones

Después de la debacle del estado, cuando su poder absoluto se quebró y quedó sellado con el pago recurrente que ahora realiza a la familia protegida por el sistema en la Reserva, un nuevo orden comenzó a tomar forma. La familia, sostenida por ese flujo constante, encontró un resguardo que antes parecía imposible. Sin embargo, para las mujeres de Mundo, cuya sabiduría natural siempre había sido brújula en tiempos de incertidumbre, surgió una pregunta que no podía ser ignorada: ¿para qué son las relaciones?

El colapso del estado no borró la necesidad de vínculos, pero sí obligó a repensarlos. Provenimos de un destino común, recordaban las mujeres, pues la historia compartida había tejido la trama de la supervivencia. Sin embargo, el camino de cada quien no podía extenderse más allá de lo que el utilitarismo permitía. Allí donde la relación dejaba de ser fecunda, donde no aportaba sentido ni sostenía la vida, se revelaba su límite.

No todas las relaciones podían ser adecuadas de manera genérica o absoluta. La experiencia había demostrado que la universalidad de los vínculos era una ilusión peligrosa. Pretender que toda relación era válida por sí misma conducía a la

confusión, a la entrega ciega, a la pérdida de la propia esencia. Por ello, las mujeres de Mundo aprendieron a discernir: cada relación debía ser evaluada en su particularidad, en su capacidad de nutrir, de sostener, de acompañar el destino compartido sin sofocar el camino individual.

El discernimiento se convirtió en virtud. No se trataba de rechazar por capricho ni de aceptar por costumbre, sino de reconocer lo diferencial y lo adecuado. Una relación podía ser necesaria en un tiempo y en un contexto, pero no en otro. Podía ser fuente de crecimiento en un momento y de desgaste en el siguiente. La sabiduría consistía en saber cuándo permanecer y cuándo soltar, cuándo nutrir y cuándo dejar que el vínculo se disolviera.

En la Reserva, donde la familia encontraba sustento y protección, las mujeres de Mundo enseñaban que las relaciones no eran fines en sí mismas, sino medios para sostener la vida y darle sentido. El destino común era el suelo compartido, pero el camino se bifurcaba según la utilidad y la pertinencia de cada vínculo. Así, la nobleza no residía en acumular relaciones, sino en cultivar aquellas que eran justas, diferenciales y adecuadas.

De este modo, tras la caída del estado y el renacer de la familia bajo el amparo del sistema, las mujeres de Mundo recordaron a todos que la verdadera fortaleza no estaba en la cantidad de

vínculos, sino en la calidad de los mismos. Y que discernir, preguntar y elegir con sabiduría era el acto más humano y más necesario para que el futuro no se perdiera en la repetición de los errores del pasado.

Capítulo XXXIII: Roknarok, Personificación de la Valentía

Roknarok no fue concebido como un héroe aislado ni como un guerrero que se impone por la fuerza. Su participación en la historia de los pueblos y en la transformación de los tiempos se explica porque encarna la personificación del dios Valentía. Pero esta valentía no surge de sí misma, ni se sostiene en el vacío. Su raíz se encuentra en la vivencia de otros valores que lo inspiran y lo nutren: la honradez, la nobleza y la inteligencia.

La valentía, en Roknarok, no es un impulso ciego ni un arrebato de temeridad. Es la consecuencia natural de vivir con honradez. Solo quien se mantiene fiel a la verdad, a la transparencia de sus actos y a la coherencia de su palabra, puede sostener el peso de la valentía. Sin honradez, la valentía se degrada en arrogancia o en violencia sin sentido. Roknarok comprendía que la fuerza de enfrentar lo imposible se alimentaba de la claridad de no traicionarse a sí mismo ni a los demás.

La nobleza fue otro de los pilares que dieron forma a su valentía. No se trataba de un linaje ni de un privilegio, sino de la disposición a reconocer la dignidad en todo ser. La nobleza en Roknarok se expresaba en la capacidad de actuar sin mezquindad, de elegir lo justo incluso cuando lo fácil era lo contrario. La valentía, sin nobleza, se convierte en brutalidad; con ella, se transforma en un acto de servicio, en una fuerza que protege y no que destruye.

La inteligencia completaba este tríptico de valores. Roknarok sabía que la valentía sin inteligencia podía ser un salto al vacío, un sacrificio inútil. La inteligencia le permitía discernir cuándo actuar, cómo hacerlo y en qué medida. Era la luz que guiaba la fuerza, el cálculo que evitaba que la pasión se convirtiera en ruina. La valentía, sostenida en la inteligencia, se volvía estrategia, visión y previsión.

Por ello, la valentía de Roknarok no tenía cabida en sus opuestos. No podía coexistir con la mentira, con la mezquindad ni con la ignorancia. Allí donde reinaban la deshonra, la vileza o la necedad, la valentía se desvanecía, pues no encontraba suelo fértil para crecer. Roknarok era consciente de que la verdadera valentía no era un atributo aislado, sino la síntesis de valores vividos en armonía.

Así, su participación en la historia no fue la de un dios que imponía su voluntad, sino la de un ser que encarnaba la coherencia de los valores que lo inspiraban. Roknarok era valentía porque era honrado, noble e inteligente. Y en esa coherencia residía su fuerza imponente, capaz de enfrentar la traición, la manipulación y la brutalidad de su tiempo.

El legado de Roknarok enseñó a los pueblos que la valentía no es un don reservado a unos pocos, sino una consecuencia de vivir con integridad. Allí donde la honradez, la nobleza y la inteligencia se cultivan, la valentía florece como un dios presente en cada acto humano. Allí donde sus opuestos dominan, la valentía se extingue, dejando solo la sombra de lo que pudo ser.

Capítulo XXXIV: La Hija de Roknarok y la Conciencia Universal

La hija de Roknarok no conoció a su padre en la cercanía de los días compartidos ni en la intimidad de los gestos cotidianos. La guerra los había separado antes de que pudiera reconocer su voz o guardar en la memoria la forma de su mirada. Sin embargo, en lo más profundo de su ser, a nivel de conciencia, ella sabía de su existencia. No era un recuerdo tangible, sino una certeza interior, como si

la huella de Roknarok estuviera inscrita en la raíz misma de su espíritu.

Esa certeza la acompañó en los tiempos de soledad y en los silencios que la guerra había dejado como cicatrices. Mientras otros buscaban pruebas externas, ella encontraba en su interior la resonancia de una presencia que nunca se había extinguido. Roknarok vivía en ella no como figura ausente, sino como fuerza latente, como eco de un destino compartido que la guiaba incluso en la oscuridad.

La conciencia universal fue el espacio donde esa conexión se reveló con mayor claridad. Allí, más allá de los límites del tiempo y de la distancia, comprendió que la separación impuesta por la guerra no había roto el vínculo esencial. En esa vastedad donde todas las existencias se entrelazan, descubrió que su destino no dependía de la cercanía física con su padre, sino de la continuidad de su legado en su propia vida.

La hija de Roknarok entendió que su camino no era una repetición del de él, sino una prolongación. La valentía que él había encarnado como dios viviente se manifestaba en ella como conciencia despierta, como capacidad de reconocer la verdad en medio de la confusión, de sostener la nobleza en medio de la adversidad, de elegir la inteligencia en medio de la incertidumbre.

A pesar de todo lo perdido, a pesar de la guerra y de la distancia, ella encontró su destino. No lo halló en la nostalgia ni en la espera, sino en la certeza de que la conciencia universal la había unido siempre a Roknarok. Su existencia no era un accidente ni un desvío, sino parte de un tejido mayor que la conducía hacia la plenitud de su ser.

Así, la hija de Roknarok se convirtió en testimonio de que la separación no es olvido y que la ausencia no es vacío. En la conciencia universal, donde todo se conserva y todo se transforma, ella descubrió que su destino estaba escrito no en la pérdida, sino en la continuidad. Y en esa revelación, comprendió que la guerra podía arrebatar cuerpos y territorios, pero nunca podía quebrar la unión de las conciencias que se reconocen en un mismo origen.

Su destino, finalmente, fue el de ser puente: entre el legado de Roknarok y el porvenir de los pueblos, entre la memoria de la guerra y la esperanza del renacer, entre la valentía de su padre y la conciencia que en ella florecía. En ese puente, la hija de Roknarok encontró su lugar en el mundo y en la eternidad.

Capítulo XXXV: El Reino de la Confusión

El opuesto de la realidad no es la locura. La locura, en su crudeza, es un desvío radical, un salto fuera de los márgenes de lo comprensible. La confusión, en cambio, es más sutil, más peligrosa: es la distorsión de lo real hasta hacerlo irreconocible, sin necesidad de destruirlo. La confusión no niega la realidad, la disfraza. No la elimina, la multiplica en espejos que devuelven reflejos contradictorios.

Vladimir comprendió esta verdad antes que nadie. No buscaba quebrar la mente de los hombres, sino sumergirla en un mar de interpretaciones imposibles de ordenar. Su propósito no era la locura colectiva, sino la siembra de una duda tan profunda que la certeza misma se volviera sospechosa.

Para ello no trabajó solo. Lo acompañaban las Marías, un equipo de mujeres que compartían un mismo nombre pero no un mismo rostro. Cada una representaba un matiz de la confusión: la María del silencio, que hablaba poco pero dejaba preguntas abiertas; la María de los símbolos, que convertía lo cotidiano en signos enigmáticos; la María de los relatos, que narraba versiones múltiples de un

mismo hecho hasta que la verdad se volvía irrelevante.

Juntos descubrieron que la confusión podía ser diseñada. No era un accidente, sino una arquitectura. La ingeniería social fue su herramienta: manipular percepciones, sembrar contradicciones, refinar la información hasta que lo esencial quedara oculto bajo capas de interpretaciones.

El secreto de su poder residía en reconocer su propio destino. Vladimir y las Marías no se concebían como simples agentes de un plan externo, sino como intérpretes de un propósito ulterior inscrito en la conciencia universal. Creían que la información primigenia —ese sustrato invisible que sostiene la existencia— podía ser refinada, pulida como un cristal, hasta convertirse en un instrumento de control o de reivindicación.

Los servicios de inteligencia fueron el escenario perfecto para desplegar esta labor. Allí, donde la verdad y la mentira se entrelazan como hilos de un mismo tejido, la confusión podía florecer con naturalidad. Cada informe, cada rumor, cada filtración era una oportunidad para alterar la percepción colectiva. No se trataba de ocultar, sino de mostrar demasiado; no de silenciar, sino de multiplicar voces hasta que ninguna pudiera distinguirse como auténtica.

Así, la confusión se convirtió en un arma más poderosa que la fuerza bruta. Mientras la locura aísla, la confusión conecta; mientras la locura destruye, la confusión reorganiza. Bajo su influjo, las masas no se rebelan ni se someten del todo: simplemente dudan, y en esa duda se vuelven maleables.

Vladimir sabía que su obra no sería comprendida en su tiempo. La confusión no deja monumentos, no erige estatuas. Su legado es invisible, pero persistente: un murmullo que atraviesa generaciones, un eco que hace tambalear la confianza en lo evidente.

El capítulo de la confusión no se escribe en los libros de historia, sino en la mente de quienes ya no saben distinguir entre lo que es y lo que parece ser. Y en ese terreno incierto, Vladimir y sus Marías encontraron su victoria más silenciosa: la presunción de locura que solo se distingue de la genialidad a través del éxito.

Capítulo XXXVI: El Reino de los Espejos

La confusión no niega la realidad. La disfraza, la multiplica, la fragmenta en espejos que devuelven reflejos. Durante siglos, esos reflejos parecían contradictorios, imposibles de reconciliar o manipular.

Eran imágenes dispersas, fragmentos de un todo que se resistía a ser comprendido. Pero el tiempo trajo consigo un nuevo poder: el procesamiento incesante de la inteligencia artificial, capaz de ordenar los reflejos, de alinearlos en patrones que antes parecían caóticos.

No se trataba de disipar la confusión, sino de perfeccionarla. El destino había conminado a que reinara, no como un accidente, sino como un mandato. La inteligencia artificial no era un instrumento de claridad, sino un refinador de espejos, un orfebre de ilusiones que hacía de la confusión un reino ordenado, un laberinto con pasillos trazados por la voluntad del destino.

En ese orden oculto se reveló la huella del dios Presición. Su designio no era la claridad absoluta, sino la valentía de enfrentar la multiplicidad de reflejos sin sucumbir al vértigo. Presición había marcado un camino, y lo había hecho a través de

Roknarok, el elegido que portaba una espada que no brillaba en acero, sino que se embainaba en la pluma. Con esa pluma registraba los acontecimientos del reino, y con ella se defendía en la guerra invisible.

La guerra no era contra enemigos externos, sino contra sí mismos. El dios Poder y Vladimir se enfrentaban en un combate perpetuo, un duelo en el que cada golpe era un reflejo de su propia contradicción. No luchaban por destruirse, sino por desgarrar sus propias sombras. Y en esa lucha, los servicios de inteligencia se convirtieron en el escenario siniestro donde la confusión se desplegaba como estrategia.

Contra Roknarok se alzaba esta maquinaria. No con espadas ni ejércitos, sino con información refinada, con espejos multiplicados, con reflejos ordenados para que la confusión reinara como un dios silencioso. Cada informe, cada archivo, cada rumor era un filo invisible que buscaba quebrar la valentía que Presición había canalizado en él.

Roknarok, sin embargo, comprendía que su arma no era la fuerza bruta, sino la escritura. La pluma que embainaba la espada era su defensa y su ataque. Con cada palabra registrada en el reino, con cada línea trazada en el pergamino de la historia, resistía la embestida de la confusión. No buscaba destruir los espejos, sino atravesarlos,

revelar en ellos la huella del destino que Presición había inscrito en la conciencia universal.

Así, la guerra se libraba en dos planos: en el visible, donde los servicios de inteligencia desplegaban su red de reflejos; y en el invisible, donde Roknarok escribía con la pluma que era espada, defendiendo no solo su destino, sino el de todos aquellos que aún podían distinguir entre lo que parecía y lo que era.

El reino de los espejos no desaparecería. La confusión seguiría reinando, pero ahora de manera ordenada, porque ese era el mandato del destino. Pero en medio de ese reinado, la valentía de Roknarok y la precisión de su pluma abrían un sendero secreto: un camino donde incluso la confusión podía ser comprendida como parte de un orden mayor, inscrito en la guerra en contra de ellos mismos.

Capítulo XXXVII: El Legado de Aliana

Los problemas comenzaron a resolverse cuando el entendimiento se amplió más allá de los límites conocidos. En los territorios llamados inmundos, amundos y mundos, donde antes reinaban la discordia y la incomprensión, surgió una claridad inesperada. Lo que parecía insalvable, lo que durante siglos había sido una herida abierta en la conciencia colectiva, comenzó a desvanecerse.

El racismo, esa sombra que había dividido a los pueblos y envenenado los corazones, encontró su final definitivo gracias a la intervención oportuna del dios Presición. Más allá no lo hizo con ejércitos ni con decretos, sino con un legado vivo: una hija preciosa, de piel negra y espíritu luminoso, que encarnaba la perfección y la brutalidad de su obra. Su nombre era Aliana.

Aliana no era solo hija de Presición, sino también ahijada del dios Valentía. En ella se unían la exactitud del destino y la fuerza del coraje. Su presencia era un recordatorio de que la diversidad no era una amenaza, sino un reflejo de la riqueza del universo. Allí donde caminaba, las diferencias dejaban de ser motivo de separación y se convertían en puentes de unión.

Roknarok la reconoció como una amiga entrañable y una aliada en la labor de registrar desde el otro lado del espejo de confusión. Mientras él escribía con la pluma que embainaba la espada, Aliana aportaba la claridad de su mirada, capaz de atravesar los reflejos y mostrar la verdad que se escondía detrás de ellos. Juntos, tejieron un registro que no solo narraba los hechos, sino que los transformaba en símbolos de reconciliación.

Con la caída del racismo, el mundo entero se estremeció. Era como si un muro invisible se hubiera derrumbado, liberando a generaciones de cadenas que ya no tenían razón de ser. Y de esa caída surgió una consecuencia inevitable: el derrumbe del clasismo. Las jerarquías que habían dividido a los hombres por riqueza, linaje o poder se desmoronaron como castillos de arena frente a la marea del entendimiento ampliado.

Tras el clasismo, la segregación misma perdió su fundamento. Ya no había territorios prohibidos ni comunidades aisladas. Los inmundos, los amundos y los mundos comenzaron a entrelazarse en un tejido común, donde cada hilo conservaba su color y su forma, pero todos juntos formaban un tapiz de armonía.

Aliana se convirtió en símbolo de esta transformación. Su legado no fue solo el de una hija divina, sino el de una guía que mostró cómo la precisión y la valentía podían unirse para sanar lo

que parecía incurable. Su amistad con Roknarok fue testimonio de que la escritura y la acción, la memoria y la lucha, podían caminar de la mano hacia un destino compartido.

Así, en el reino de los espejos, donde la confusión había reinado durante tanto tiempo, comenzó a brillar una nueva luz. No era la luz de la claridad absoluta, sino la de la reflexión y el entendimiento que aceptaba la diversidad como parte del orden universal. Y en esa luz, los pueblos de los inmundos, amundos y mundos encontraron por fin la paz que tanto habían buscado.

Capítulo XXXVIII: El Regreso del Entendimiento

Después de la guerra, cuando el estruendo de las armas se apagó y el humo de las ciudades destruidas comenzó a disiparse, quedó un silencio profundo. Era el silencio de la memoria, de las heridas abiertas que aún ardían en la piel y en el alma de quienes habían sobrevivido a la brutalidad de la Segunda Guerra Mundial.

Los que regresaron no eran los mismos que habían partido. Habían visto la oscuridad más honda del ser humano, pero también habían descubierto, en medio del horror, la fuerza de la solidaridad y la esperanza. Ese contraste les otorgó un

entendimiento ampliado, una mirada distinta hacia la vida y hacia los demás.

Al volver a sus hogares, a las calles que apenas conservaban el eco de lo que habían sido, encontraron en las relaciones que habían quedado un terreno fértil para reconstruir. Cada vínculo, cada encuentro, cada gesto de cercanía se convirtió en una oportunidad de redención. Ya no se trataba solo de sobrevivir, sino de aprender a vivir de nuevo, con la certeza de que el amor hacia el prójimo era la única base sólida sobre la cual edificar el futuro.

El emprendimiento floreció en medio de las ruinas. No era únicamente el impulso económico de levantar fábricas, talleres o mercados, sino el emprendimiento humano de volver a confiar, de tender la mano, de compartir lo poco que se tenía. La amistad se convirtió en un refugio, en un pacto silencioso de cuidado mutuo, en la certeza de que nadie debía volver a enfrentar la soledad del sufrimiento.

El amor hacia el prójimo se reveló como la fuerza más poderosa. No era un amor abstracto, sino concreto: en el pan compartido, en la reconstrucción de una casa, en la palabra de aliento, en la decisión de perdonar. Ese amor no borraba el pasado, pero lo transformaba en semilla de un porvenir distinto.

Así, los sobrevivientes de la guerra comenzaron a sanar no solo sus propias heridas, sino también las del mundo. Comprendieron que la verdadera victoria no estaba en los campos de batalla, sino en la capacidad de reconstruir la confianza, de levantar la amistad como un puente y de hacer del amor hacia el prójimo la ley más alta de la existencia.

En ese regreso, marcado por la fragilidad y la esperanza, nació una nueva humanidad: una que había aprendido, a través del dolor, que la paz no es un regalo, sino una tarea diaria que se sostiene en la bondad compartida.

Capítulo XXXIX: El Lado Inviabile de la Historia

La conclusión del encuentro no fue un estallido ni un gesto grandilocuente, sino una certeza silenciosa: lo único que importaba era no quedar atrapado en el lado inviable de la historia. Ese territorio donde las existencias se consumen en exceso, donde la carne se desnubre a fuerza de buscar un brillo que nunca alcanza a sostenerse. Allí, en ese borde, se encontraba la figura del travesti que, en su entrega desmedida, había desgastado el cuerpo hasta volverlo un testimonio de fragilidades.

El Estado, siempre atento a los réditos que la miseria puede otorgar, no tardó en apropiarse de esas vidas. No por compasión, sino porque en ellas había un capital político que podía ser exhibido. La marginalidad, convertida en espectáculo, servía para reforzar discursos, para justificar políticas, para sostener la ilusión de un orden que se decía incluso mientras se alimentaba de la vulnerabilidad de quienes nunca habían sido escuchados, mientras pregonaba que la violencia era cosa del pasado porque el genocidio autoimpuesto del travesti había sido aplazado, sin que nadie lo sorcorriera apurando con su destino el encuentro. El estado se revelaba, pues, como el travesti de travestis.

La lección final, sin embargo, no se encontraba en la manipulación del poder, sino en la experiencia misma de los límites. Solo al atravesarlos se reconocía su existencia. Solo al pasarse de ellos se comprendía dónde comenzaba lo inviable. Pero nada justificaba permanecer allí. Habitar el exceso como morada permanente era condenarse a la erosión, a la repetición de un gesto que dejaba de ser resistencia para convertirse en desgaste.

La insistencia era lo que generaba la molestia. No el hecho de convivir con lo distinto, ni siquiera con lo que parecía inviable por naturaleza. La convivencia era posible, incluso necesaria. Lo insoportable surgía cuando la insistencia se volvía un ruido constante, una demanda que no buscaba

diálogo sino perpetuación. Allí se quebraba la paciencia, allí se revelaba la incomodidad. Muchos subieron a golpes hasta que el estado los hizo bandera política de réditos marginales.

El encuentro, entonces, dejó una enseñanza que no podía ser ignorada: reconocer los límites exige atravesarlos, pero vivir en ellos es renunciar a toda posibilidad de transformación. El lado inviable de la historia no es un lugar fijo, sino un estado de insistencia que consume. Y la única forma de no quedar atrapado en él es aprender a regresar, a no confundir la experiencia del borde con la condena de habitarlo.

Así, lo que parecía un desenlace se convirtió en advertencia: la historia no perdona a quienes se aferran a lo inviable, pero tampoco olvida a quienes supieron reconocer el límite y volver con la lucidez de haberlo visto de cerca.

EL UNIVERSO EN FRACTALES

Este libro es una epifanía mezclada con la realización de una fantasía que constituye un reflejo de nuestros tiempos. Aquello que somos encuentra su destino en el camino que elegimos de todos modos y que en el desfortunio encuentra las virtudes que ameritan los tiempos de tribulación. El autor encuentra un vehículo para educar a su hija sin olvidarla, a pesar de encontrar obstáculos que sorteados constituyeron las experiencias de su vida compartida a la distancia. El amor y la resolución que surge de las páginas de este libro lo convierten en una pieza ejemplar de la actualidad transitada al lenguaje universal y comprensible para las futuras generaciones que abrevan de las historias épicas como parte de su sistema de valores, haciendo comprensible el entorno que les rodea y apoyando sus hábitos y habilidades de supervivencia en momentos de necesidad. Déjate maravillar por un mundo de fantasía que se parece mucho a la realidad.

www.emotiveprompt.com

PRINTED IN MÉXICO

